

LA COLABORACIÓN DE UNAMUNO EN *EL LIBERAL* DE MADRID

The Unamuno's contribution to «El Liberal» (Madrid)

Manuel M.^a URRUTIA LEÓN

Facultad de Ciencias Políticas y Sociología. Universidad de Deusto (Bilbao)
murrutia@soc.deusto.es

RESUMEN: Este trabajo presenta la colaboración de Miguel de Unamuno en el periódico madrileño *El Liberal* e incluye 34 artículos aún desconocidos.

Palabras clave: periodismo, Madrid, pensamiento político.

ABSTRACT: This paper presents the Miguel de Unamuno's contribution to El Liberal journal, including 34 unknown articles.

Key words: Journalism, Madrid, Political thought.

Entre las numerosísimas colaboraciones periodísticas de Unamuno, tanto en la prensa española como en la del Sur de América, la participación del bilbaíno en el diario *El Liberal* de Madrid es, sin duda, de las más importantes. Nada menos que en 284 ocasiones aparece la firma de don Miguel en sus páginas. Más en concreto, los artículos de *El Liberal* son cruciales para conocer un momento significativo en la evolución ideológica y política de Unamuno, que sufre una radicalización y un acercamiento a los planteamientos del socialismo español. Y me refiero a los primeros años de la década de los años 1920 y antes de su marcha al destierro en la isla de Fuerteventura. En estos años la colaboración en *El Liberal* es, junto a la de *El Mercantil Valenciano*, decisiva para entender las posiciones de Unamuno —completadas, en un segundo plano de importancia, por las de la revista madrileña

Nuevo Mundo y el diario bonaerense *La Nación*—, no en vano entre enero de 1920 y setiembre de 1923 aparece un artículo suyo en *El Liberal* cada 5 días, lo que le convertía, al decir de las historiadoras Saiz y Seoane, en la firma principal del periódico: «Unamuno era, en la etapa previa a su destierro, su colaborador más distinguido, con artículos frecuentes, publicados en el lugar más destacado de la primera página»¹.

El Liberal había surgido a finales del siglo XIX, cuando además del *Heraldo de Madrid*, dos eran los periódicos más pujantes de la época: *La Correspondencia* y *El Imparcial*. Y será de este último periódico, *El Imparcial*, de donde surgirá *El Liberal* en mayo de 1879, con motivo de que un grupo de redactores republicanos de *El Imparcial* «descontentos con la línea impuesta por su director de aceptación de la política de la Restauración», junto al administrador y 14 operarios, fundaran el nuevo periódico. En su primer número aparecía la siguiente declaración de principios:

Al decidir la fundación de *El Liberal* fue nuestro cuidado constituirnos en condiciones de independencia absoluta. Nos pertenecemos. Somos nosotros mismos. Ninguna personalidad, ningún hombre de estado, ninguna agrupación política, ningún interés, ambición alguna está sobre nosotros [...]. Detrás de *El Liberal* hay solamente una fe ciega en las ideas democráticas, entusiasmo inextinguible para su difusión, decisión inquebrantable de ser justos en todo y con todos. Queremos hacer el periódico de las ideas y no de los intereses. Queremos hacer un periódico sin partido. Queremos hacer un periódico nacional. Queremos hacer el periódico que pide y espera el país².

Salvo esporádicas apariciones previas, la asidua colaboración unamuniana, aludida más arriba, comenzará el 1 de enero de 1920.

El siguiente listado señala todas las apariciones de Unamuno en *El Liberal* y refleja, numerados en negrita, los 34 textos que aún permanecen desconocidos y que reproduzco a continuación.

Ellos nos permiten reconstruir de manera bastante aproximada una de las épocas más activas e incisivas del Unamuno colaborador periodístico³.

1. SAIZ, M.^a Dolores y SEOANE, M.^a Cruz. *Historia del periodismo en España*, vol. 2, Madrid: Alianza, 1996, p. 345.

2. Citado por SAIZ y SEOANE, ob. cit., pp. 294-295.

3. Los artículos de *La Nación* de Buenos Aires fueron completados por Urrutia Salaverri y Ouimette: Miguel de UNAMUNO. *Artículos en «La Nación» de Buenos Aires (1919-1924)* (Recopilación y estudio de Luis Urrutia Salaverri): Ediciones Universidad de Salamanca, 1994; Miguel de UNAMUNO. *De patriotismo espiritual. Artículos en «La Nación» de Buenos Aires 1901-1914* (Edición y notas de Víctor Ouimette): Ediciones Universidad de Salamanca, 1997. Yo recogí los de *Nuevo Mundo*: Manuel M.^a URRUTIA LEÓN. «Unamuno y la revista *Nuevo Mundo* (Artículos desconocidos)», *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, Salamanca, vol. 34, 1999, pp. 161-203. Y recientemente Robles y yo publicamos el resto: Miguel de UNAMUNO: *Artículos desconocidos en «El Mercantil Valenciano» (1917-1923)* (Recopilación, introducción y notas por Laureano Robles Carcedo y Manuel M.^a Urrutia León), Generalitat Valenciana, 2004 (RyU).

COLABORACIÓN DE MIGUEL DE UNAMUNO EN *EL LIBERAL* (MADRID)

- (1) 5 diciembre 1911. Carta de Unamuno al Ministro de Instrucción Pública. **1**
- (2) 7 diciembre 1911. Carta de Unamuno al Dir. de *«La Gaceta del Norte»* de Bilbao. **2**
- (3) 28 enero 1913. La oquedad sonora. *OC*, VII, 842⁴.
- (4) 4 febrero 1914. No sé escribir papeles. A Alberto Valero Martín. **3**
- (5) 6 setiembre 1918. ¡Viva la libertad! *RyU*, 105.
- (6) 1 enero 1920. La lección de la trainera. **4**
- (7) 5 enero 1920. La sociedad galdosiana. *OC*, III, 1203.
- (8) 8 enero 1920. ¿Burguesía en España? *RyU*, 205.
- (9) 12 enero 1920. La bolsa o la vida. *R1*, 212⁵.
- (10) 19 enero 1920. Inducción y desmán. **5**
- (11) 24 enero 1920. Mentalidad berroqueña. *R1*, 217.
- (12) 31 enero 1920. Carta al Excmo. Sr. Ministro de Inst. Pública y Bellas Artes. **6**
- (13) 3 febrero 1920. De Actualidad. Monsergas jurídicas. *R1*, 225.
- (14) 10 febrero 1920. Tópicos del día. *R1*, 228.
- (15) 14 febrero 1920. ¡No, camelos no! *R1*, 231.
- (16) 21 febrero 1920. Con el palo en el bombo. *OC*, VIII, 422.
- (17) 24 febrero 1920. ¡Se vive! *R1*, 233.
- (18) 28 febrero 1920. Limitación de la intelectualidad. *R1*, 239.
- (19) 3 marzo 1920. Ante la crisis histórica. Durar. Vivir. *R1*, 241.
- (20) 7 marzo 1920. De Actualidad. Sangre inocente. *R1*, 244.
- (21) 12 marzo 1920. De Actualidad. No estamos en Suecia. *R1*, 246.
- (22) 19 marzo 1920. De Actualidad. ¿Dónde está la diferencia? *R1*, 254.
- (23) 28 marzo 1920. De Actualidad. Cesarismo sin César. **7**
- (24) 4 abril 1920. De Actualidad. ¡Ojo con el Partenón! **8**
- (25) 7 abril 1920. De Actualidad. La revolución de las cosas. *R1*, 259.
- (26) 10 abril 1920. De Actualidad. La lucha difusa. *R1*, 262.
- (27) 14 abril 1920. De Actualidad. La representación política del escritor. *OC*, VII, 801.
- (28) 17 abril 1920. De Actualidad. Otro aspecto del liberalismo. *R1*, 264.
- (29) 22 abril 1920. De Actualidad. Separatismo dinástico. *R1*, 266.
- (30) 25 abril 1920. El peso del pasado. *R1*, 268.
- (31) 30 abril 1920. De actualidad perdurable. *R1*, 270.
- (32) 1 mayo 1920. Este primero de mayo. La voz del proletariado. *R1*, 273.

4. UNAMUNO, Miguel de. *Obras Completas* (Edición de Manuel García Blanco), Madrid: Escelicer, 9 tomos, 1966-71 (*OC*, VII, 842).

5. *Miguel de Unamuno's political writings 1918-1920. Volume 1. La anarquía reinante (1918-1920)* (G.D. Robertson, ed.), The Edwin Mellen Press, UK, 1996, p. 212 (*R1*, 212).

- (33) 5 mayo 1920. De Actualidad. Asociación y asociaciones. R1, 275.
- (34) 8 mayo 1920. De Actualidad. La catástrofe de la civilización. **9**
- (35) 12 mayo 1920. De Actualidad. Paz, Trabajo y Justicia. R1, 277.
- (36) 15 mayo 1920. Los isidros en huelga. **10**
- (37) 18 mayo 1920. La revolución actual es religiosa. R1, 282.
- (38) 2 junio 1920. De Actualidad. Fracasos. R1, 288.
- (39) 5 junio 1920. De Actualidad. En Dinamarca. **11**
- (40) 13 junio 1920. De Actualidad. Huelga de verdugos. R1, 295.
- (41) 22 junio 1920. De Actualidad. Diplomacia y publicidad. R1, 298.
- (42) 25 junio 1920. De Actualidad. Cataclismos y catástrofes. R1, 303.
- (43) 29 junio 1920. Sobre el dialecto criollo argentino y otras cosas. *OC*, IV, 635.
- (44) 3 julio 1920. De Actualidad. Sobre el profeta Lenin. **12**
- (45) 8 julio 1920. La independencia Ibero-Americana. *OC*, IV, 638.
- (46) 11 julio 1920. Glosas. Una definición ática de democracia. **13**
- (47) 15 julio 1920. La raza y la guerra civil. *OC*, IV, 641.
- (48) 21 julio 1920. Una vida pública ejemplar. *OC*, III, 1212; *OC*, IV, 1085.
- (49) 21 julio 1920. De Actualidad. Lo más grave de todo. R1, 316.
- (50) 29 julio 1920. De Actualidad. Fe de erratas. R1, 319.
- (51) 1 agosto 1920. De Actualidad. Cromwell y Lenin. **14**
- (52) 6 agosto 1920. De Actualidad. Pastores y mastines. **15**
- (53) 10 agosto 1920. De Actualidad. Sobre la religión bolchevista. R1, 329.
- (54) 19 agosto 1920. Ante un manifiesto republicano. R1, 334.
- (55) 29 agosto 1920. De Actualidad. Nuestro padrecito el trigo. **16**
- (56) 5 setiembre 1920. De Actualidad. Rueda la bolsa. **17**
- (57) 19 setiembre 1920. (Unas palabras del pensador. Autógrafo). **18**
- (58) 21 setiembre 1920. De Actualidad. La derrota de la política. R1, 350.
- (59) 23 setiembre 1920. De Actualidad. La tetarquía española. **19**
- (60) 26 setiembre 1920. De Actualidad. Ante el diluvio. R1, 355.
- (61) 30 setiembre 1920. De Actualidad. Definirse en política, qué es? R1, 361.
- (62) 12 octubre 1920. De Actualidad. Repase, señor Dato, historia. R1, 369.
- (63) 15 octubre 1920. De Actualidad. La otra España. *OC*, IV, 644.
- (64) 19 octubre 1920. De Actualidad. Los llamados elementos intelectuales. R1, 372.
- (65) 25 octubre 1920. De Actualidad. A propósito de Camilo Bargiela. *OC*, VIII, 437.
- (66) 29 octubre 1920. Proletariado de la pluma (Confesiones cínicas). *OC*, VIII, 440.
- (67) 2 noviembre 1920. De Actualidad. Patriotismo y optimismo. *OC*, III, 1214.
- (68) 5 noviembre 1920. De Actualidad. Divagación helénica. **20**
- (69) 9 noviembre 1920. De Actualidad. Los ricos viejos. R1, 378.
- (70) 16 noviembre 1920. De Actualidad. El problema de la policía. R1, 385.
- (71) 21 noviembre 1920. De Actualidad. Deudas perpetuas. R1, 391.

- (72) 24 noviembre 1920. De Actualidad. Revoltosos. R1, 394.
(73) 28 noviembre 1920. De Actualidad. Rufianerías. R1, 400.
(74) 1 diciembre 1920. «... Oficio... necesarísimo, en la república bien ordenada...» **21**
(75) 4 diciembre 1920. De Actualidad. «El caso triste de España». R1, 405.
(76) 8 diciembre 1920. De Actualidad. La tristeza del escenario. R1, 411.
(77) 12 diciembre 1920. De Actualidad. La disolución intelectual. **22**
(78) 15 diciembre 1920. De Actualidad. William Blake y Tomás Meabe. **23**
(79) 18 diciembre 1920. De Actualidad. Ginesillo de Parapilla. *OC*, IV, 1180.
(80) 22 diciembre 1920. De Actualidad. Nevadas y terremotos. **24**
(81) 26 diciembre 1920. De Actualidad. Del retablo de Maese Pedro. **25**
(82) 31 diciembre 1920. De Actualidad. Lo mayúsculo y lo minúsculo. *OC*, V, 1151.
(83) 2 enero 1921. De Actualidad. Revolcarse en palabras. R2, 3⁶
(84) 5 enero 1921. De Actualidad. Boy Scouts y futbolistas. R2, 5.
(85) 8 enero 1921. De Actualidad. El Nuevo Modelo. R2, 7.
(86) 12 enero 1921. De Actualidad. Pedagogía y milicia. R2, 12.
(87) 15 enero 1921. De Actualidad. La paradoja y la soledad. **26**
(88) 22 enero 1921. La intelectualidad es gaseosa. R2, 17.
(89) 25 enero 1921. De Actualidad. ¿Normalidad? R2, 19.
(90) 29 enero 1921. De Actualidad. El declive. R2, 24.
(91) 2 febrero 1921. De Actualidad. Miedo al porvenir. R2, 27.
(92) 5 febrero 1921. De Actualidad. Monarquía integralmente democrática. R2, 29.
(93) 9 febrero 1921. De Actualidad. «Contraste». R2, 32.
(94) 12 febrero 1921. De Actualidad. El mejor deporte físico. R2, 36.
(95) 17 febrero 1921. De Actualidad. En medio de la hipocondría pública. R2, 39.
(96) 20 febrero 1921. De Actualidad. Intereses ilegítimos. **27**
(97) 24 febrero 1921. De Actualidad. El terror lívido. R2, 43.
(98) 27 febrero 1921. De Actualidad. Oficio de deshacer. R2, 46.
(99) 3 marzo 1921. De Actualidad. En memoria de don Juan Valera. *OC*, VIII, 456.
(100) 8 marzo 1921. De Actualidad. El juego otra vez. R2, 52.
(101) 12 marzo 1921. De Actualidad. Filosofía donjuanesca. **28**
(102) 18 marzo 1921. De Actualidad. «Puede el baile continuar». R2, 58.
(103) 22 marzo 1921. De Actualidad. El sentimiento de interinidad. R2, 61.
(104) 24 marzo 1921. De Actualidad. Sobre las injusticias de la Justicia. R2, 63.
(105) 29 marzo 1921. De Actualidad. Hace un siglo. R2, 68.
(106) 1 abril 1921. De Actualidad. La tradición liberal. R2, 72.

6. *Miguel de Unamuno's political writings 1918-1924. Volume 2. El absolutismo en acecho (1921-1922)* (G.D. Robertson, ed.), The Edwin Mellen Press, UK, 1996, p. 3 (R2, 3).

- (107) 5 abril 1921. Pacificación de los espíritus. Al Sr. Ministro de la Gobernación. R2, 74.
- (108) 8 abril 1921. De Actualidad. ¡Qué tiempos aquellos! R2, 77.
- (109) 14 abril 1921. De Actualidad. Inquisición y ejecución de justicia. R2, 81.
- (110) 19 abril 1921. De Actualidad. Otra vez Cánovas del Castillo. R2, 85.
- (111) 22 abril 1921. De Actualidad. Historias. R2, 90.
- (112) 26 abril 1921. De Actualidad. Las ficciones liberales de España. R2; 93.
- (113) 30 abril 1921. De Actualidad. El disloque. R2; 95.
- (114) 4 mayo 1921. De Actualidad. Horror a la historia. R2, 99.
- (115) 8 mayo 1921. De Actualidad. Biografía y biología. R2, 103.
- (116) 11 mayo 1921. De Actualidad. Oiga usted, señorito casinero. R2, 107.
- (117) 15 mayo 1921. De Actualidad. Un nuevo ministerio. R2, 110.
- (118) 18 mayo 1921. De Actualidad. Perros mudos. R2, 111.
- (119) 22 mayo 1921. De Actualidad. La dignidad del poder judicial. R2, 115.
- (120) 25 mayo 1921. De Actualidad. El invierno fatídico. R2, 118.
- (121) 29 mayo 1921. De Actualidad. Concierto para obra común. OC, III, 784.
- (122) 2 junio 1921. De Actualidad. Don Pedro U y don José Salamanca. R2, 125.
- (123) 5 junio 1921. De Actualidad. Lealtad y servilidad. R2, 127.
- (124) 8 junio 1921. De Actualidad. ¡Ruina! R2, 128.
- (125) 11 junio 1921. De Actualidad. Gobernar es hacer justicia. R2, 130.
- (126) 16 junio 1921. De Actualidad. El hipocántaro. R2, 133.
- (127) 19 junio 1921. De Actualidad. Nuestro gran amigo «Chichimecatecle». OC, IV, 1063.
- (128) 23 junio 1921. De Actualidad. Ni sombra ni rocío. R2, 136.
- (129) 26 junio 1921. De Actualidad. Hiperironía. R2, 138.
- (130) 29 junio 1921. De Actualidad. Mentir sin engañar. R2, 142.
- (131) 5 julio 1921. De Actualidad. Mi deber de ahora. OC, VIII, 462.
- (132) 7 julio 1921. De Actualidad. Por la libertad del milagro. R2, 146.
- (133) 13 julio 1921. De Actualidad. Partido del rey. R2, 149.
- (134) 17 julio 1921. De Actualidad. Reconstitución nacional. **29**
- (135) 23 julio 1921. De Actualidad. Historia de una rebeldía. R2, 153.
- (136) 30 julio 1921. De Actualidad. Sobre el origen de la imprenta. R2, 155.
- (137) 2 agosto 1921. De Actualidad. Desquite suicida. R2, 160.
- (138) 6 agosto 1921. De Actualidad. Canalejas el desesperado. R2, 161.
- (139) 9 agosto 1921. De Actualidad. Defenderla y no enmendarla. R2, 164.
- (140) 16 agosto 1921. De Actualidad. Interinidad fatídica. R2, 167.
- (141) 20 agosto 1921. De Actualidad. En Aguilar de Campóo. OC, I, 1188.
- (142) 21 agosto 1921. De Actualidad. ¡Pobres capacidades! R2, 173.
- (143) 27 agosto 1921. De Actualidad. Nacionalismo español. R2, 176.
- (144) 3 setiembre 1921. De Actualidad. Más historias todavía. R2, 179.
- (145) 11 setiembre 1921. De Actualidad. Nos llama Dios. R2, 185.

- (146) 20 setiembre 1921. De Actualidad. La civilización ibera. R2, 188.
(147) 5 octubre 1921. De Actualidad. Santiago, elemento. R2, 194.
(148) 9 octubre 1921. De Actualidad. Hespánholadas. R2, 199.
(149) 14 octubre 1921. De Actualidad. En el atranco. R2, 201.
(150) 18 octubre 1921. De Actualidad. Ante una hora suprema. R2, 204.
(151) 22 octubre 1921. De Actualidad. El peñasco de Sísifo. R2, 207.
(152) 28 octubre 1921. De Actualidad. Con la ayuda de Dios. R2, 211.
(153) 4 noviembre 1921. De Actualidad. ¿Protectorado? R2, 214.
(154) 10 noviembre 1921. De Actualidad. Problema de higiene. R2, 218.
(155) 15 noviembre 1921. De Actualidad. Oración fúnebre. R2, 220.
(156) 26 noviembre 1921. De Actualidad. Un poco de psicología. R2, 229.
(157) 30 noviembre 1921. De Actualidad. Liberalismo o absolutismo. R2, 232.
(158) 3 diciembre 1921. De Actualidad. El pobre padre. R2, 235.
(159) 8 diciembre 1921. De Actualidad. El rescate, principio de civilización. R2, 237.
(160) 18 diciembre 1921. Apunte histórico. Los de la isla de Cabrera. R2, 243.
(161) 24 diciembre 1921. «Noblemente apasionados». R2, 249.
(162) 4 enero 1922. Guerra en la paz. R2, 256.
(163) 8 enero 1922. Un ruego. A mis compañeros en publicidad. R2, 261.
(164) 14 enero 1922. De Actualidad. Sangre. R2, 265.
(165) 19 enero 1922. De Actualidad. Pronunciamiento y camarilla. R2, 268.
(166) 24 enero 1922. De Actualidad. Una paradoja. R2, 272.
(167) 11 febrero 1922. De Actualidad. Cesarismo y cesarianismo. R2, 286.
(168) 2 marzo 1922. De Actualidad. La esencia del despotismo. R2, 296.
(169) 9 marzo 1922. De Actualidad. Preparando un centenario. R2, 302.
(170) 14 marzo 1922. De Actualidad. Parábolas y paradojas. R2, 307.
(171) 18 marzo 1922. De Actualidad. El deber del derecho. R2, 311.
(172) 22 marzo 1922. De Actualidad. ¡Dios lo quiere! R2, 314.
(173) 4 abril 1922. De Actualidad. La conjunción maniega. R2, 320.
(174) 11 abril 1922. De Actualidad. Borrón y cuenta nueva. **30**
(175) 16 abril 1922. De Actualidad. La piel podrida. **31**
(176) 22 abril 1922. De Actualidad. Piel de bolsa. **32**
(177) 27 abril 1922. De Actualidad. Des-civilización. **33**
(178) 2 mayo 1922. De Actualidad. El arrastre atávico. R2, 326.
(179) 14 mayo 1922. De Actualidad. Camelo. R2, 333.
(180) 18 mayo 1922. De Actualidad. Sobre eso de la reforma constitucional. R2, 335.
(181) 23 mayo 1922. De Actualidad. Otra vez lo del rescate. R2, 342.
(182) 27 mayo 1922. De Actualidad. La resaca. R2, 345.
(183) 30 mayo 1922. De Actualidad. Vicesobrerreyes. R2, 346.
(184) 3 junio 1922. De Actualidad. Lluve en el mar. R2, 349.

- (185) 6 junio 1922. De Actualidad. Democracia y liberalismo. R2, 351.
 (186) 9 junio 1922. De Actualidad. Justicia para todos. R2, 354.
 (187) 13 junio 1922. De Actualidad. Rectifiquemos nuestros errores. R2, 357.
 (188) 21 junio 1922. De Actualidad. La historia del pasaporte. R2, 361.
 (189) 22 junio 1922. De Actualidad. Sobre eso de las Hurdes. R2, 363.
 (190) 27 junio 1922. De Actualidad. Molestias contra la Grandeza. R2, 366.
 (191) 30 junio 1922. De Actualidad. El logogrifo del protectorado. R2, 369.
 (192) 6 julio 1922. De Actualidad. Protectorado y coloniaje. R2, 374.
 (193) 9 julio 1922. De Actualidad. Que hablen en cristiano. R2, 377.
 (194) 13 julio 1922. De Actualidad. Triste obra de tesón desesperado. R2, 379.
 (195) 21 julio 1922. De Actualidad. Entre la nación y el reino. R2, 384.
 (196) 25 julio 1922. De Actualidad. El expediente en el Congreso. R2, 387.
 (197) 28 julio 1922. De Actualidad. Esquilo en Becedas. R2, 388.
 (198) 4 agosto 1922. De Actualidad. ¿La última cruzada? R2, 389.
 (199) 8 agosto 1922. De Actualidad. Gabilla y no nación. R2, 395.
 (200) 13 agosto 1922. De Actualidad. Reflexiones sobre el último episodio. R2, 397.
 (201) 16 agosto 1922. De Actualidad. El sultanato ficticio. R2, 400.
 (202) 25 agosto 1922. De Actualidad. ¡Como Dios quiera! NyR, 1257.
 (203) 29 agosto 1922. De Actualidad. El dejo de la huelga de Correos. R2, 405.
 (204) 3 setiembre 1922. De Actualidad. Política y gobernación. R2, 407.
 (205) 5 setiembre 1922. De Actualidad. Pan y palo. R2, 409.
 (206) 9 setiembre 1922. De Actualidad. Concentraciones y comuniones. R2; 412.
 (207) 13 setiembre 1922. De Actualidad. El profeta del derrumbe. R2, 415.
 (208) 16 setiembre 1922. De Actualidad. Ministerio Rubán. R2, 418.
 (209) 20 setiembre 1922. De Actualidad. Contumacia y régimen de influencia. R2, 420.
 (210) 1 octubre 1922. De Actualidad. Régimen de represa. R2, 427.
 (211) 4 octubre 1922. De Actualidad. Visita regia. R2, 430.
 (212) 8 octubre 1922. De Actualidad. Ley de orden público. R2, 433.
 (213) 12 octubre 1922. De Actualidad. Pasó el rey. R2, 435.
 (214) 15 octubre 1922. De Actualidad. ¿Disciplina? R2, 437.
 (215) 18 octubre 1922. De Actualidad. ¿Felipe o quién? R2, 439.
 (216) 26 octubre 1922. De Actualidad. La timba. R2, 444.
 (217) 29 octubre 1922. De Actualidad. Hombres castizos. R2, 447.
 (218) 2 noviembre 1922. Del pasado eterno. El declive de antaño. R2, 448.
 (219) 14 noviembre 1922. De Actualidad. Irresponsabilidades. R2, 454.

7. NÚÑEZ, Diego, y RIBAS, Pedro. *Unamuno y el socialismo. Artículos recuperados (1886-1928)*, Granada, Comares, 1997, p. 125 (NyR, 125).

- (220) 19 noviembre 1922. De Actualidad. Milicia, Tercio, Policía. R2, 457.
(221) 24 noviembre 1922. De Actualidad. 1843-1868-1898-1921. R2, 461.
(222) 29 noviembre 1922. De Actualidad. Baño de fango. R2, 464.
(223) 2 diciembre 1922. De Actualidad. El aborto. R2, 466.
(224) 7 diciembre 1922. De Actualidad. Historia. R2, 468.
(225) 13 diciembre 1922. De Actualidad. La procrisis. R2, 472.
(226) 24 diciembre 1922. De Actualidad. Campaña electoral. R2, 477.
(227) 27 diciembre 1922. De Actualidad. El buey ciego y la «monarquía». R2, 487.
(228) 30 diciembre 1922. De Actualidad. Nuestra misión civil. R2, 485.
(229) 2 enero 1923. De Actualidad. Comentario (El 18 de octubre último...) R3, 18.
(230) 6 enero 1923. De Actualidad. Comentario (Si, como hemos leído en este mismo diario...) R3, 6.
(231) 11 enero 1923. De Actualidad. Comentario (Cuéntase de un famoso cirujano...) R3, 11.
(232) 14 enero 1923. Comentario (¿El testamento de Isabel la Católica?) R3, 14.
(233) 18 enero 1923. Comentario (Le merece una carta que recibimos...) R3, 16.
(234) 6 febrero 1923. De Actualidad. Comentario (Como decíamos, «eso» de las responsabilidades...) R3, 28.
(235) 8 febrero 1923. A un libro de García Martí. Un prólogo de Unamuno. OC, VIII, 1116.
(236) 10 febrero 1923. De Actualidad. Comentario (La crisis, o mejor dicho, la tisis...) R3, 34.
(237) 13 febrero 1923. De Actualidad. Comentario (El dilema es éste...) R3, 36.
(238) 16 febrero 1923. De Actualidad. Comentario (Hemos leído que propugnando...) R3, 42.
(239) 22 febrero 1923. De Actualidad. Comentario (Hemos leído otra melancólica...) R3, 47.
(240) 25 febrero 1923. De Actualidad. Comentario (Hay dos documentos militares...) R3, 52.
(241) 1 marzo 1923. De Actualidad. Historias. R3, 57.
(242) 4 marzo 1923. Ningún pueblo vota de esa manera un destronamiento. R3, 62.
(243) 7 marzo 1923. De Actualidad. Comentario (En una Monarquía constitucional...) R3, 65.
(244) 8 abril 1923. Comentario. El artículo once. R3, 85.
(245) 17 abril 1923. De Actualidad. El portero futbolístico de la corona. R3, 95.
(246) 21 abril 1923. Comentario de actualidad. El neofajismo español. R3, 100.
(247) 25 abril 1923. La mayoría de la responsabilidad. ¡Ojo con la Providencia! R3, 105.
(248) 7 junio 1923. Comentarios a un discurso. Independencia y libertad. R3, 137.
(249) 16 junio 1923. Comentarios. Otra vuelta al protectorado. R3, 145.
(250) 24 junio 1923. Comentarios del momento. El corazón reinal. R3, 149.
(251) 1 julio 1923. ¡Ni farsa! Ante los dos grandes problemas R3, 156.
(252) 8 julio 1923. Hay que enjuiciar y ajusticiar. Por razón de nación. R3, 162.
(253) 12 julio 1923. Un recuerdo de Guerra Junqueiro. El poeta republicano. OC, VII, 499.

8. *Miguel de Unamuno's political writings 1918-1924. Volume 3. Roto el cuadro (1923-1924)* (G.D. Robertson, ed.), The Edwin Mellen Press, UK, 1996, p. 1 (R3, 1).

- (254) 20 julio 1923. Comentarios del momento. Por razón de orden. R3, 170.
- (255) 25 julio 1923. Comentarios del momento. Dictadura y revolución. R3, 173.
- (256) 28 julio 1923. Comentarios del momento. El camino de la verdad. R3, 177.
- (257) 1 agosto 1923. En las cumbres. La España que permanece. Intermedio lírico. OC, I, 637.
- (258) 5 agosto 1923. En torno a un tema actual. ¡¡Pasión, pasión, pasión!! R3, 183.
- (259) 15 agosto 1923. Las técnicas del desquite. Defensa de la nación. R3, 189.
- (260) 5 setiembre 1923. Comentarios de actualidad. El pueblo en armas no quiere la guerra. R3, 199.
- (261) 9 setiembre 1923. Mientras pasa la tormenta. No hay peor caciquismo... Roberts, 1996: 10⁹.
- (262) 19 setiembre 1923. Los equipos babilónicos. En torno al separatismo. RyU, 528.
- (263) 22 setiembre 1923. En un rincón de España. NyR, 180.
- (264) 28 setiembre 1923. Martínez Campos y Cánovas. R3, 215.
- (265) 3 octubre 1923. A los treinta y dos años. OC, VIII, 514.
- (266) 12 octubre 1923. La fiesta de la raza. OC, IV, 646.
- (267) 19 octubre 1923. Comentarios del momento. Un remedio heroico. NyR, 184.
- (268) 29 octubre 1923. Las enfermedades del patriotismo. No hay que calumniar. R3, 226.
- (269) 7 noviembre 1923. Comentarios. Ni arquinismo. Roberts, 1996: 19.
- (270) 16 noviembre 1923. Una «herejía» constitucional. VGM, 372¹⁰.
- (271) 27 noviembre 1923. Comentarios. La utopía de Bellamy. R3, 232.
- (272) 5 diciembre 1923. Comentarios. La minoría selecta. Roberts, 1996: 21.
- (273) 9 diciembre 1923. Comentarios. Casa y Casino. Roberts, 1996: 23.
- (274) 11 diciembre 1923. Un decreto de 1874. R3, 245.
- (275) 13 diciembre 1923. Comentarios. «Sin color ni grito». Roberts, 1986: 96¹¹.
- (276) 16 diciembre 1923. Comentarios. Una anécdota más. Roberts, 1996: 25.
- (277) 3 enero 1924. Comentarios. Partidos de papel. Roberts, 1986: 99.
- (278) 6 febrero 1924. Los motes anatématicos. **34**
- (279) 9 febrero 1924. Comentarios. Napoleón, patriota civil. Roberts, 1996: 48.
- (280) 14 febrero 1924. Comentarios. Nada de partido nacional. Roberts, 1996: 51.
- (281) 17 febrero 1924. Comentarios. La gran rehusa. R3, 275.
- (282) 26 setiembre 1924. Comentarios. El año crítico. OC, VIII, 608.
- (283) 3 octubre 1924. Comentarios. Obra expiatoria. R3, 296.
- (284) 25 noviembre 1924. Comentarios. Revisión de procesos. R3, 301.

9. UNAMUNO, Miguel de. *Political speeches and journalism (1923-1929)* (Edited by Stephen G. H. Roberts), University of Exeter Press, 1996, p. 10 (Roberts, 1996: 10).

10. UNAMUNO, Miguel de. *República española y España republicana (1931-1936). Artículos no recogidos en las Obras Completas* (Introducción, edición y notas de Vicente González Martín), Salamanca, Almar, 1979, p. 372 (VGM, 372).

11. G.H. ROBERTS, Stephen. «Unamuno contra Primo de Rivera: 10 artículos de 1923-1924», *Sistema*, n.º 75, noviembre 1986, pp. 83-112 (Roberts, 1986: 96).

1. UNA CARTA DE UNAMUNO

El rector de la Universidad de Salamanca ha dirigido la siguiente carta al ministro de Instrucción Pública:

Excmo. Sr. D. Amalio Gimeno.

Mi respetable jefe y querido amigo: Leo que algunos estudiantes de Zaragoza piden mi destitución, suponiendo que me he hecho solidario de un cierto artículo, o lo que sea, de la Rosario Acuña, que reprodujo *El Progreso*, de Barcelona. Sólo tengo que decirle que ni he leído el tal artículo ni le pienso leer, y que por tanto mal puedo ni hacerme de él solidario, ni de él protestar. Los que le han leído me dicen que es groserísimo, y con los estudiantes de toda España han protestado los de esta Universidad, y entre ellos dos de mis propios hijos.

Lo que hay es que en una reunión de estudiantes aquí, denuncié el carácter marcadamente político que iba tomando el movimiento escolar, en que no se trataba ya ni del artículo de la Acuña ni de *El Progreso*, sino de protestar de «esa Prensa» —así la llaman— y de pedir la destitución del digno señor gobernador de Barcelona, sólo para crear conflictos al actual Gobierno liberal. Y esto no les ha salido bien a los que intentaban arrastrar a la siempre confiada y desprevenida clase escolar.

Le repito que no conozco ni pienso conocer el artículo origen de todo esto; pero le aseguro que por duro que sea el calificativo que merezca la Prensa que acoge cosas como dicen que es esa, no menos duro le merece esa otra Prensa cuya arma habitual es la insidia artera y la falsificación sistemática de la verdad.

¡Pobres estudiantes, víctimas unas veces de la una y otras de la otra!

Le ruego haga públicas, si lo cree oportuno, estas mis manifestaciones, y una vez más se le reitera leal amigo, su subordinado y s. s.,

Miguel de Unamuno
Salamanca, 3 de diciembre
(5 diciembre 1911)

2. OTRA CARTA DE UNAMUNO

Complemento de la carta dirigida al ministro de Instrucción Pública es esta otra, enviada por el rector de la Universidad de Salamanca al director de un periódico bilbaíno: (de *El Liberal*, Bilbao)

Muy señor mío: Fue mi primera intención dirigir esta carta, no al director de *La Gaceta del Norte*, que es, al fin, un asalariado, sino a alguno de los que se dice son consejeros de ese papel, como los en un tiempo amigos de mis mocedades

Moronati, el saestre, o Lezama Leguizamón, el minero. Mas creo preferible dirigírsela a usted.

Dícenme que el precitado papel ha acogido un telegrama de ésta, probablemente anónimo, en que se me atribuye no quiero saber qué opinión sobre el artículo ese, o lo que sea, de Rosario Acuña, artículo que desconozco. Y como ni lo he leído ni quiero leerlo, no tengo qué opinar de él ni qué protestar. Creyéndose en él ofendidos, han protestado, con los demás de España, los estudiantes de esta Universidad que rijo, y entre ellos dos de mis propios hijos.

Pero aquí, como en otras partes, ciertos elementos afines a los de ese papel, han querido desviar el asunto, haciéndolo político, y ya no protestan ni del artículo de la Acuña ni del diario de Barcelona que lo reprodujo, sino de lo que llaman «esa» Prensa, y piden la destitución del gobernador de Barcelona, con la misma razón que algunos estudiantes de Zaragoza la mía. Lo único que he hecho es poner en claro en una reunión de estudiantes el carácter que toma ya este motín de jóvenes jaimistas, luises y análogos.

Oigo decir que el artículo de la Acuña es de incalificable grosería, mas por soez y baja que pueda ser la Prensa que acoja cosas como la que dicen, esa otra que se llama a sí misma «buena», acostumbra a valerse de arteras insidias, mucho peores que aquella grosería. Ahí está, si no, *La Gaceta del Norte* que, en tratándose de mí, ha empleado siempre, con su característica falta de sentido moral, todo género de torpezas, reticencias, mentiras y verdades a medias, que son peores que la mentira. El que haya insinuado que me tiene por medio loco o loco del todo, me honra, viniendo, como viene, tal insinuación de mentecatos o de ruines. Y claro es que no censuro el que se haya callado cuando han podido decir algo en mi elogio, porque no es el único diario de esa mi tierra nativa, a la que honro tanto como el que más de sus hijos, donde no se puede hablar bien de mí sino con sordina.

Lo que nunca olvidaré es la «piadosa» reseña que ese mismo papel hizo de una infame burla de que fue víctima persona a mí allegadísima, y cómo se complació entonces en repetir, equívocamente y con canallesca fruición, mi siempre honrado apellido. La reseña fue más infame que la infame burla que un malvado «Venerable» y otros de la misma laya tramaron contra un Unamuno.

Tal es *La Gaceta del Norte*, albañal de las más inmundas pasiones sectarias, que no sé cómo hay personas decentes, piensen como pensaren, y si son cristianas más, que contribuyen a sostener.

Ruégole, señor director, publique en su independiente diario este doloroso desahogo de un hombre pacientísimo que viene hace años aguantando en silencio a esa canalla. Por ello le quedará agradecido su afectísimo s. s.,

Miguel Unamuno
(7 diciembre 1911)

3. NO SÉ ESCRIBIR PAPELES. A Alberto Valero Martín

Se equivoca usted, mi querido Alberto, al suponer que en aquello que dije al *Caballero Audaz* sobre el desnudo y el desvestido me refiriese, ni de cerca ni de lejos, a doña María Guerrero. No, se lo aseguro. Y es que no sólo al alcance de su mano ha estado mi pecadora *Fedra*.

Envié mi *Fedra*, en efecto, como había enviado antes *La Venda* y *El pasado que vuelve*, a don Fernando Díaz de Mendoza, y éste me los devolvió, dándome, en atentísimas y muy discretas cartas, las razones, que yo respeto y que, como no soy del oficio, no sé apreciar en su valor, por las que no se resolvía a representármelas. Ahora, en cuanto a eso que usted dice que dice el Sr. Díaz de Mendoza de que al llegar al tercer acto de mi *Fedra* me faltase valor y no me resolviera a afrontarlo de frente, he de poner mis reparos.

Sin duda, se quiere decir que debí haber hecho morir en escena a Fedra. ¡Figúrese usted, querido Valero, si hace falta valor para matar en escena, no digo a una pobre Fedra, sino a un regimiento de coraceros! Pero no, yo no quiero hacer muertes, y no por no contravenir el precepto del *Decálogo* —v. el *Exodo*, cap. XX, versillo 13—, sino por razones estéticas. Me ha oído usted cien veces que odio la película y que las muertes en escena me parecen pantomima. No resisto el ataque de Oswald en *Los espectros*, y me parece execrable aquella muerte por estricnina de *La muerte civil*, en que el actor va a dar a un público estéticamente pervertido el espectáculo clínico de «hacer la gañota», como dicen en Cataluña. Eso, a mi sentir, no es arte. Y si, después de pensarlo y pensarlo bien, hice que Fedra no muriese en escena, fue buscando un efecto estético, no escénico, más puro, más sobrio, más clásico. Esa solución, además, añade misterio. A la muerte debe sentirse aletear cerca el soplo de sus alas; pero no mostrar la escuálida desnudez de su esqueleto.

Dirán que el teatro es teatro. Nunca he hecho caso de esas cómodas teorías técnicas, que estimo más que deleznable. Y el teatro clásico, el helénico, me lo sé bien.

Lo que hay es que yo no sabré hacer nunca —ni quiero saberlo— comedias, dramas o tragedias «para» los actores, y menos para tal o cual actor o actriz determinados. Podrán tomármelo a petulancia; pero diré lo que decía Ibsen: «yo no escribo papeles: yo hago hombres». O caracteres, que es igual. Y cuando hice mi *Fedra*, ni pensaba en que hubiese actrices en el mundo, ni mucho menos en ayudarles a bien morir.

Una cosa sólo quiero añadirle aquí, y es que en mis gestiones para lograr ver representado en esa corte y villa alguno de mis dramas, ha de perjudicarme un firme propósito que tengo, y es el de no abandonar ni un momento mis deberes profesionales académicos en esta ciudad de Salamanca y no transigir con esa funesísima especie de que hace falta de vez en cuando el consabido viajecito a Madrid. Me gusta arreglar por cartas lo que por cartas puede y debe arreglarse, y no perder el tiempo con solicitudes y rendimientos en salones, saloncillos, antecámaras y

pasillos. Me he propuesto demostrar que se puede llegar a ser algo en España sin tener que ir a cada triquitraque a esa corte y villa a haraganear, con pretexto de recomendar algo o de gestionarse algo. Y soy, a fuer de vizcaíno, tozudo. Y lo hago, créamelo usted, para animar con mi ejemplo a tantos buenos y laboriosos provincianos que desmayan al ver el triste espectáculo que se da desde esa gran corte y feria de las vanidades.

Hacía cerca de cuatro años que no pisaba las calles de Madrid cuando fui, a principios de éste, aprovechando las vacaciones: no vine descontento, ni mucho menos; pero no sé el tiempo que pasará hasta que vuelva. Acaso, otro tanto o más. Y lo hago, en parte, por principio. Mi obligación y mi devoción mayor están aquí. Y quiero ver todo lo que desde aquí puedo hacer. Que es mucho más de lo que yo creía. Y mucho de ello, saltando sobre las fronteras de la patria, para lo cual no precisa, ni mucho menos, ir a la corte.

Acaso le parezca algo de esto arrogante, pero no he querido desperdiciar la ocasión, con que usted me brinda, de decir ciertas cosas que pueden servir de aliento y de consuelo a no pocos jóvenes a quienes conozco decaídos por culpa de un mal entendido centralismo. Y yo soy bastante centralista.

Y conste, para concluir, que ni yo tengo recelo alguno respecto a doña María Guerrero, a la que personalmente no conozco y como actriz poquísimo, casi nada, pues usted sabe que mis costumbres no me permiten frecuentar el teatro, y que doy por muy válidas y muy fundadas las razones que en atentísimas y muy discretas cartas me dió don Fernando Díaz de Mendoza para explicarme por qué en obsequio mío —así me lo dijo—, no se resolvía a poner en escena mis dramas.

¿Que si he de hacer otros que puedan convenirles? No lo sé. Ni lo busco ni lo rehuyo. No me pongo a escribir un drama a tiro hecho, sino que dejo que el drama se me presente, si se me presenta, y en caso de presentármelo como tal drama al espíritu, procuraré crear caracteres y no hacer papeles, y no pensaré, no ya en tales o cuales artistas escénicos, mas ni en que los haya.

Usted sabe cuán de veras le quiere y cuánto aprecia su ingenua y noble sinceridad su amigo verdadero.

Miguel de Unamuno
Salamanca, 2-II-14.
(4 febrero 1914)

4. LA LECCIÓN DE LA TRAINERA

En los pueblos pesqueros de la costa cantábrica había hace algunos años —no sabemos si ello seguirá o no en la misma forma— unas cofradías de pesca que tenían una organización colectivista muy digna de estudio, y más en los días que corren.

La pesca se vendía a subasta y el producto se repartía entre todos los cofrades o pescadores. Cada cual, según su categoría como pescador, cobraba su parte. El patrón o director de la trainera, el que la patronaba o dirigía, cobraba, además, su abono por patronaje o dirección. Cargo para el cual, en atención a sus habilidades, le elegían los demás. Y el dueño de la trainera, en fin, el que la había hecho o adquirido, el propietario del principal artefacto de trabajo —que no solía ser propiedad colectiva de la cofradía— cobraba su renta por el alquiler de ella. Y, por cierto, ocurría con frecuencia que el dueño de la trainera, el propietario del mueble marítimo indispensable para la pesca, fuese un pescador más, que tripulaba en ella bajo la dirección del patrón y que cobraba su parte como trabajador u obrero, mayor que la de propietario. Sin que se excluyese el caso de que uno mismo pudiese ser dueño de la trainera y patrón, por sufragio de sus compañeros de ella.

Aquí se ven claramente deslindadas tres funciones: la de obrero, la de director de la obra y la de dueño del instrumento de trabajo. Y a la vez se ve que pueden estas dos últimas coincidir en uno y sin confundirse.

Lo esencial en este régimen es que la cofradía de pesca, la colectividad obrera, alquila la trainera y paga a su dueño —al que la hizo, acaso— su alquiler, en vez de ser, como en otras industrias, el dueño de la maquinaria y del solar en que se trabaja el que alquila obreros para que le trabajen en éste y con aquélla. Es como si una cofradía de obreros ferroviarios alquilara el material móvil y aún la vía del ferrocarril. ¿Pero por qué no ocurre lo mismo en industrias de tierra?

En industrias de tierra no pudo ocurrir lo que en la industria pesquera ocurría, porque como por el mar no se paga renta, como el mar es libre y no está acotado, como la tierra, la trainera es mueble que no va ligado a inmueble alguno, que no depende de un solar. ¿De qué le serviría a una cofradía de labriegos querer alquilar maquinaria agrícola, semillas, abonos, etc., si se encontrarían con que el terrateniente determinaría el precio de ella en última instancia? Una trainera no vale mucho, y si el que la hizo o se la compró al que la hiciera no la alquila por un precio razonable, es fácil obtener otra. Mientras que en las industrias de tierra, ésta, la tierra, el suelo modifica profundamente el libre juego de la oferta y la demanda, pues que constituye monopolio de una especie limitada.

¿No se llegará, acaso, en las industrias terrestres, a que las colectividades obreras alquilen las fábricas, en vez de ser los fabricantes los que alquilen obreros, y a que sean ellas, esas colectividades, las que elijan como patronos, pagándoles como a tales —porque no todo trabajo vale lo mismo—, a los más aptos para dirigirlos? Y acaso esta aptitud sea más mercantil que industrial. Los obreros de una fábrica serán capaces de hacerla producir sin la dirección técnica del amo —y esto no siempre—; pero es dudoso que sepan dónde, cómo y cuándo adquirir las primeras materias, y dónde, cómo y cuándo vender mejor el producto. Las pueriles fantasmagorías sindicalistas, toda la novelería del bolcheviquismo, fracasará, sin duda, en el campo mercantil. El proletariado actual es incapaz de organizar mercantilmente la producción. Antes aprenderá un mecánico mecánica racional que no economía política. La de los sindicalistas es pura fantasmagoría. Ni pueden hablar

de ciencia los que han proclamado el Esperanto (!!!) como idioma internacional. Su economía política es también... esperantista. ¡Pobrecillos!

Claro está que si cofradías de obreros de un ramo o de otro alquilan las fábricas y luego se reparten, según una u otra regla de proporción, el precio del producto, renuncian al jornal fijo. Los pescadores ganaban más cuando había más y mejor pesca. La participación en los beneficios excluye ciertos seguros. Porque en el régimen capitalista actual, el obrero de una fábrica que se está arruinando o que va mal, cobra como el de aquella que prospera y va viento en popa. Porque, si hay industrias que se enriquecen, hay otras que se arruinan.

Como que la verdadera función económica de la burguesía es esa, la de correr el riesgo, la de organizar el azar, es decir, la de la iniciativa. Una organización colectivista está muy expuesta a caer en la rutina, al no exponerse al riesgo, a ahogar la iniciativa. Las colectividades son conservadoras y rutinarias; sólo el individuo es progresista, sólo el individuo afronta el azar. Jamás una colectividad descubrió ni inventó nada. Y esto nos lleva como de la mano a decir algo de la verdadera función social de la burguesía, y ello, a su vez, nos llevará a ver cómo la desesperada situación en que se encuentra la burguesía española, la de esa lamentable Federación patronal se debe a que no ha sido burguesía, no ha sido individualista, no ha sabido aprovecharse del azar que le ofreció la guerra; a su torpeza, en fin. Sufre las consecuencias de su rutina económica, rutina de colectividades.

Miguel de Unamuno

(1 enero 1920)

5. INDUCCIÓN Y DESMÁN

Ciertas gentes de mentalidad de la decadencia escolástica andan por ahí diciendo que habría que perseguir o por lo menos sujetar a los «inductores» de los actos de fuerza que produce el actual estado de guerra social civil en España, los homicidios sobre todo. Y no se quieren percatar de lo peligroso que es, por lo confuso y contingente y hasta arbitrario, ese concepto de la inducción.

Nos llevaría muy lejos de nuestro propósito actual, el tratar de inquirir, siquiera someramente, y hasta qué punto y en qué sentido una doctrina o una idea puede engendrar actos y el dilucidar sino es más bien que los hombres forjan sus teorías para justificar a trasmano sus acciones, en vez de brotar éstas de aquéllos, de antemano establecidas. Todo esto sería filosofía de muy poca oportunidad aquí y ahora. Pero tampoco queremos dejar de hacer notar la ceguera de aquellos que creen que con romper el manómetro cuando indica un peligroso aumento en la presión de una caldera de vapor se impide que llegue a estallar ésta, como si el manómetro fuese una mera válvula de seguridad, o que para evitar tormentas se deba hacer añicos barómetros y termómetros. Y así proceden esos que llaman inducción a lo que no suele ser sino una obra generosísima de no callar la verdad.

Porque no son doctrinas, digan lo que quieran esos decadentes del escolasticismo huero, las que producen esos actos de violencia, sino que es la realidad concreta. Y es sobre esta realidad y no sobre los que hacen su doctrina, sobre los que nos la muestran, sobre quienes hay que obrar para encauzar la violencia.

Hace poco ha publicado Alomar en *El Liberal*, de Bilbao, un artículo titulado «Absentismo del poder y de la justicia», lleno de muy serena y muy acertada doctrina. Y de doctrina muy conservadora, en el buen sentido —que es el menos frecuente en uso— de este adjetivo tan ambiguo y tan confuso hoy, merced a los políticos de profesión, que lo han profanado.

Alomar, respondiendo a lo de que si no se encuentra a los autores se castigue ejemplarmente a los inductores de esos desmanes, dice que quiere ayudar a la Justicia, y que cumpliendo con su deber cívico va a denunciarlos, y luego añade: «¿Habéis visto, en España, condenar alguna vez los atropellos cometidos por la fuerza pública?» ¡Esta es la nuestra! Lo hemos dicho muchas veces. Ni se condena los atropellos y desmanes de la fuerza pública, ni los del poder público, y ambos se desmandan a menudo. Se desmanda el Poder público al mandar algo que se sale del mandato de su función.

Alomar cita los casos de los asaltantes e incendiarios de las redacciones catalanistas en 25 de noviembre de 1905, el de los procesos de 1909, el de los que atropellaron incalificablemente a Marcelino Domingo, estando atado. Por nuestra parte, creemos que no habiéndoseles expulsado de los cuerpos a los que pertenecieran a los que cometieron este desmán, mucho más deshonroso y bárbaro que cualquiera de los que más indignan ahora, ni se puede hablar de tribunales de honor, ni se puede proceder como se procedió con los señores Montañés y Doval. Porque no es de creer, que el honor —ni aún el específico honor profesional, que parece ser una quintaesencia esotérica y hermética, cuyo sentimiento nos es negado a los profanos— consista en mantener la impecabilidad de la agencia ejecutiva del Poder público.

Lo hemos dicho muchas veces y lo repetiremos muchas más: el prestigio de la autoridad se ha de fundar en su fin, que es la justicia, y no en su principio, que es la fuerza. Hay que supeditar el principio de autoridad a su finalidad. Si la autoridad ha de tener fuerza, es menester que la fuerza tenga autoridad.

Alomar acababa su artículo con las siguientes nobilísimas palabras:

«¡Oh, los inductores!» Si remontásemos las corrientes de la inducción, como ríos misteriosos, muchas veces llegaríamos a encontrarla en los que acabaron por ser víctimas de ella. Cuando la justicia tiene un solo color, nace otra justicia parcial y monócroma, tosca y ruda, bárbara y bestial. Una justicia que tampoco lo es, porque es la mona de la justicia, como se dijo que el diablo era la mona de Dios. Una justicia violenta que quiere compensar y copiar la otra injusticia, la que debiendo ser modelo y faro se torna piedra de escándalo, escuela de abominación.

Esta conclusión parecerá dura, ya los escolásticos de la decadencia se les antojará acaso subversiva. Pero no es sino reflejo de la realidad. Los que vamos ya para

viejos, no recordamos que se haya nunca castigado los desmanes de la fuerza pública y mucho menos aún los del Poder público. Y éste, el Poder público, se desmanda a cada momento en España. A lo sumo, inventa el Poder público un indulto o una amnistía compensatorios, para que así la conciencia pública le indulte y amnistíe a él. Y se sabe de algún tribunal, y de esos que supeditan la justicia al honor, y a un honor injusto, que ha absuelto injustamente y hasta falseando los resultados del proceso, fundado en que se había amnistiado a los supuestos enemigos.

Y decimos enemigos, porque —ocultarlo sería pernicioso y antipatriótico— vivimos en plena guerra civil. ¿No se habla acaso de estado de guerra? Sólo que el estado de guerra —y en él de hecho estamos— no excluye la justicia. Ni entre enemigos caben ciertos procedimientos.

Para concluir, si hay inductores de los desmanes y crímenes de esta lucha, son ante todo los que jamás condenaron al que manda, cuando saliéndose del mandato de su función, se desmanda. La autoridad débil es la que abusa. Y a la autoridad sólo le da fuerza la justicia.

Miguel de Unamuno
(19 enero 1920)

6. UNA FUENTE DE RIQUEZA ESPIRITUAL

Al Excmo. Sr. Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes

En las «Noticias para España» que desde París envía a este diario nuestro amigo Gómez Carrillo se me aludía —en las publicadas el día 20 de enero— suponiéndome conocedor del gran problema de la raza —¡gracias!— y a la vez cansado de predicar en el desierto y de decir a los españoles que vuelvan la vista a América y piensen que allí está la continuación de nuestra patria. Y vamos a ello, amigo Carrillo.

Cansado de predicar en el desierto... creo que no. Soy de los que creen que cuando insiste y persiste en dar voces en un berrocal llega un momento en que los berruecos se conmueven, y algunos, por muy pocos que sean, despiertan y cobran conciencia y se hacen hombres. Y hay que dar voces —y hasta estridentes— aunque le digan a uno que tiene cosas —que es lo que hay que tener— y aunque le culpen de lo que le culparen. Pero en cuanto a eso de ponernos a estudiar seriamente a la América de lengua española —único modo de llegar a comulgar con ella en algún ideal común de raza— en cuanto a eso... A lo sumo no se ve sino la venta allí de productos nuestros. Y uno de ellos el libro.

Problema de la raza... Desde que se celebra esa mojiganga que llaman la fiesta de la raza empezamos a escamarnos de lo racial. Y desde luego, raza es en este caso lengua. No hace mucho, un francés argentinizado, que vive y actúa y escribe

desde hace muchos años en la República Argentina, su definitiva patria, se revolvió malhumorado y con acre pedantería —es su modo— contra eso de la raza española y sacaba a relucir el «Tizón de la nobleza» y otras incongruencias al caso. No quería fijarse en que raza en este caso significa lengua y que en su patria definitiva escriben, y por lo tanto piensan, en español. Incluso él mismo, que en español ha escrito sus libros, en la lengua de la patria a que sirve. Y la escribe con singular corrección, con demasiada, con la corrección con que se escribe una lengua que no se ha mamado como leche materna del espíritu y a la que siempre se sigue traduciendo. Y en su lengua nativa, en francés, no sabemos ni que haya escrito trabajo alguno que alcanzara en Francia aceptación numerosa. Lo que creemos —es para él, para don Pablo Groussac —o monsieur Paul Groussac, si se quiere— una pequeña tragedia. Algo así como la íntima tragedia de aquel francés al servicio de España en la Argentina, que fue don Santiago de Liniers, cuya vida el señor Groussac ha escrito. Y la ha escrito en español, lengua en que actuó Liniers y lengua en que actúa Groussac. Y éste, que es un hombre muy inteligente y muy culto y versadísimo en cosas de lenguaje y muy conocedor de nuestra lengua y literatura, sabe cuán fantásticas son las «investigaciones» (???) de su paisano monsieur Abeille, tendentes a demostrar que en la Argentina se está formando un romance distinto del español en España. Español que monsieur Abeille apenas si conoce.

Y todo esto nos lleva como de la mano al problema de la difusión, unificación y conservación de nuestra común lengua, del español, que es hoy lengua oficial en 19 naciones, un reino y 18 repúblicas, amén de otras en que, como en Filipinas, está bastante extendido. De lo cual tenemos que hablar aquí a menudo a nuestros lectores.

La lengua es una fuente de riqueza espiritual y hasta económica. El comercio de los productos materiales se acrecienta no poco con el comercio de las ideas y viceversa. Se compra y se vende, se marca, en una u otra lengua y hay quien vende mal por no saber vender en la lengua del comprador y quien compra mal por no saber comprar en la lengua del vendedor.

Nuestros cónsules deben ser ante todo y sobre todo agentes comerciales, pero no pueden ser difundidores directos de la lengua española y mucho menos profesores de ella. Pero no cabría un consulado lingüístico?, agentes del comercio de las ideas? ¿No podría y debería el Gobierno español subvencionar por lo menos a aquellos profesores de lengua española en el extranjero que lo merecieran y a los que el libre ejercicio de su profesorado no les rindiese bastante?

El Gobierno portugués paga en la Sorbona una cátedra de literatura portuguesa. Que la explica, por cierto, uno de los más finos, cultos y enterados de los hispanistas franceses, monsieur Georges de Gentil, autor de un libro excelentísimo sobre Bretón de los Herreros. Ya diremos algún día cómo el Gobierno español podría subvencionar cátedras de lengua y literatura españolas en el extranjero de lengua, pero más modestamente no cabría hacerlo de algún modo a los que a la vez que se ganan la vida enseñando español por ahí fuera demuestran que es para ellos algo más que un oficio de ganapán ese ministerio de enseñanza?

¿No es un abandono que en aquellos países de lengua extranjera en que haya considerable colonia de españoles no mantenga el Gobierno español escuela alguna de español para los hijos de esos colonos?

La lengua es —repitámoslo una vez más— la sangre del espíritu y es la lengua la que mantiene la unidad de la raza. Quien, como el señor Groussac, por ejemplo, deja su obra en español, contribuye al acrecentamiento y perfeccionamiento de la raza española, de la comunidad de pueblos que piensan en español. Y España tiene el deber de cuidar esa fuente de riqueza. Para lo que nada sirve, desde luego, la Real Academia de la Lengua.

Por hoy nos limitamos a señalar al excelentísimo señor Ministro de Instrucción pública ese consulado de la cultura española, pero prometemos al lector volver sobre ello. Y sobre nuestro comercio intelectual con la América de lengua española.

Miguel de Unamuno
(31 enero 1920)

7. *DE ACTUALIDAD*. «CESARISMO SIN CÉSAR»

La intentona cesarista y pretoriana de von Kapp en la Prusia vencida, ha de dar todavía mucho que decir y que hacer.

La llamamos cesarista y así es. O kaiserista, si el lector lo prefiere. Pero de un cesarismo sin César —al menos por ahora— que es lo peor. Porque en punto a cesarismo, el peor es el que precede al César y lo suscita. El napoleonismo, que lo hizo Napoleón, fue mucho más tolerable, mucho más liberal y mucho más fecundo para la civilización que aquellas sublevaciones pretorianas de los legionarios, de la decadencia del Imperio Romano, sublevaciones que buscaban luego su César, su Emperador, un esclavo más que un tirano, cualquier general de fortuna, a quien se le manejaba como a un muñeco. Y lo que parecía ser el colmo de la disciplina, lo era de la indisciplina. Cuando el cesarismo hace al César, es mucho peor que cuando un César hace el cesarismo. Y no hay nada peor que el imperialismo militarista de una república.

Recordemos al lector aquel manifiesto que dio von Kapp al pueblo —¿pueblo?— alemán apenas se apoderó, con la ayuda de una soldadesca, no del todo sobria, del Poder. Decía así:

«Con el objeto de desarraigar en el pueblo alemán el culto de la Monarquía, el régimen que hemos derribado presentó la caída de Guillermo como una deserción a la bandera. Dicho Gobierno, a su vez, huye de Berlín sin defenderse. El único justificante de su huida es su declaración de que no puede contar con las tropas. Un Gobierno capaz de cumplir su misión hubiera obligado a las tropas a obedecer.

Esta deserción condena al antiguo Gobierno ante los ojos del pueblo alemán y hace imposible el que pueda recuperar el Poder».

Jamás se ha expuesto de una manera más cínica el principio de la indisciplina incivil y pretoriana. Y el pueblo que lo aceptase podrá ser ejército, pero no puede decirse que sería pueblo. Pueblo civil, es decir: civilizado, queremos decir.

Hay quienes creen que son los sacerdotes los que han introducido la irreligión en el mundo. La herejía, desde luego. Y agregan que las religiones sin sacerdocio —que las hay— aquellas en que no hay unos hombres que se presenten como medianeros entre otros hombres y los dioses, esas religiones se han mantenido, como tales religiones, más puras. En ellas, la iglesia es de verdad la comunidad de los fieles todos; en ellas no se puede hablar de eclesiásticos por oposición a seglares o profanos. Un conocido publicista nuestro, decía hace años, que el sacerdote es un revendedor de la gracia divina y que él prefería entenderse directamente con contaduría.

Del patriotismo se quiere hacer ya una especie de religión, lo que no está mal, pero una religión con sacerdocio, lo que es peligrosísimo para la religión patriótica misma. El sacerdocio del patriotismo acabará con la religiosidad patriótica, convirtiéndola en disciplina y en liturgia. Y será origen de herejías patrióticas.

Como las Ligas llamadas patrióticas, de oriflama al viento e himno, suelen ser de origen que podríamos llamar sacerdotal, hierocrático o hierárquico, son de ordinario un peligro para el patriotismo sano, que es el civil, popular, democrático o demárquico, y acaban en ser instrumento de cesarismo, y del peor cesarismo, del cesarismo que hace los Césares y los deshace y se sirve de ellos como de muñecos.

Tenía razón el novelista noruego Juan Bojer, al decir que no es posible una verdadera revolución en un país en que, como supone que pasa en Alemania, todo el mundo es nacionalista. Pero esto ahora se verá.

En otra cosa se conoce la religión sacerdotal patriótica del cesarismo sin César —o previo a él— y es en su culto supersticioso a eso que se llama técnica. Cuando el asalto al poder de von Kapp, se dijo que iban a establecer un Gobierno de técnicos. Y hay que ver lo que entienden por técnicos los tales. Los técnicos suelen ser una especie de teólogos casitas de esa religión sacerdotal, los depositarios de los misterios elenusinos de la administración y la gobernación públicas.

También el sacerdocio de la religión patriótica se dedica a la reventa de la gracia. De la gracia y de la justicia. Sólo que de ahí se originan las mayores desgracias y las injusticias más grandes. Y hacen la fuente de esa gracia y esa justicia, no al pueblo, sino al César, y a un César mediatizado y juguete del cesarismo.

Otra desgracia pesa sobre Alemania. Después de cada guerra queda un número mayor o menor de héroes sin empleo y el héroe sin empleo ni ocupación, el héroe cesante es siempre temible. Pero en un pueblo vencido ello es peor, porque el héroe cesante siente la comezón de justificarse, de demostrar que no fue vencido y para ello arma guerra a sus conciudadanos. Y a las veces ocurre en los pueblos lo que en ciertos hogares en que el marido a quien le dieron una paliza fuera de

casa se dedica, al volver a ésta, a dar de palos a su mujer, o el que porque perdió en el juego, les quita el postre a sus hijos. ¡Y cualquiera le hace confesar al héroe cesante que fue derrotado!

Acaso los aliados se precipitaron en conceder el armisticio, en vez de haber intentado deshacer el ejército del jugador Ludendorf. ¿Mas habrían conseguido más con ésto? No hay sacerdocio que reconozca su falibilidad. Y así es como causan la irrelegión y la impiedad.

Miguel de Unamuno
(26 marzo 1920)

8. *DE ACTUALIDAD*. «¡OJO CON EL PARTENÓN!»

Nos escribe un gallego desde Galicia esto: «Anda la juventud nacionalista gallega dando vueltas a la posibilidad de una civilización atlántica. Ya en Portugal hay la revista órgano de la doctrina. Hace unos días se han dado ¡muera! al Partenón».

La revista portuguesa a que nuestro amigo el gallego alude es, sin duda, la revista «Atlantida orgao do pensamento latino no Brasil e em Portugal», que lleva ya cinco años de publicación y recibimos desde que se fundó. Conviene, para lo que vamos a decir, que el lector se fije en que esa revista, que tiene tres directores, uno para el Brasil, otro para Francia y otro para Portugal, se llama órgano del pensamiento «latino», y no del céltico.

Y vamos a lo del ¡muera! al Partenón, que debe ser una de tantas chuscas ocurrencias de la zumba gallega, inagotable de humor. Porque el humorismo en ninguna parte florece más y mejor que en Galicia. Y esos galleguistas, tocados no pocos de la manía céltica, los que han dado en escribir Hespaña, con hache, a la portuguesa, son muy capaces, por zumba y buen humor, de dar muera al Partenón. Sin saber, por supuesto, que eso no les importa ni incumbe, lo que el Partenón significa.

Nos figuramos que con el chistosísimo retozo de ese muera —especie de «aturuxo» de guerra aldeana— se ha querido oponer el Atlántico al Mediterráneo, simbolizando éste en el Partenón. Y como hijo también del Atlántico —que parte de él forma, creemos, el Golfo de Vizcaya o de Gascuña (Vasconia)— el que esto escribe, que es a la vez que atlántico, profesor, aunque indigno, de lengua y literatura griegas, no puede menos que sorprenderse de la forma que se le da a esa oposición.

¿Por qué se ha escogido lo helénico y no lo latino, lo románico, para oponerlo a lo atlántico, acaso a lo céltico? La «Atlántida» portuguesa, o luso-gálica, es órgano del pensamiento latino, esto es, románico. ¿Es que el latinismo o romanismo, tan mediterráneo por lo menos como el helenismo, se opone menos que éste al atlantismo o celtismo galaico?

¿Qué diría de esto, si, resucitando, lo viera, aquel bretón, es decir, celta, que fue Renan, quien gustaba en sus años de seminario, de conversar con uno de sus superiores en su materna lengua céltica, y que luego, yendo en piadosa romería a Atenas, dirigió una fervorosa oración al Partenón? ¡Lo que este atlántico representativo, este celta de verdad, que mamó leche y lengua célticas, les habría dicho a los del «muera» ese!

Renan sabía muy bien que en lo más caliginoso de la Edad Media, mucho antes de que con la toma de Constantinopla por los turcos otomanos derramaran por el Occidente de Europa los griegos fugitivos, con el conocimiento de su lengua, las semillas del segundo Renacimiento, se cultivaba el estudio de la lengua y literatura helénicas, en país céltico, en la remota Irlanda. Y Renan, que sabía una lengua céltica, la suya maternal, sabía hasta qué punto se puede oponer el celtismo al helenismo, un menhir druídico al Partenón. Y hasta qué punto se le puede arrimar más bien al latinismo, al romanismo.

Románica es la espléndida catedral de Santiago de Compostela, ¿pero saben los del ¡muera! al Partenón si ese románico no nació en tierras helénicas o helenizadas, más que en romanas o romanizadas? ¿No saben si a los griegos se les ha llamado romanos, como romaico a su idioma?

En cuanto a los del celtismo gallego, habría mucho que hablar. La manía céltica en Galicia ha sido tanto más intensa cuanto menos se ha sabido de cosas célticas. Aquel fantástico erudito pontevedrés que descubrió, dicen, que Cristóbal Colón era gallego y judío, dio en sacar etimologías célticas del gallego, sin saber celta, por supuesto, pero además sin saber apenas latín ni filología. Que de haber sabido latín, no se le habría ocurrido cosa tan peregrina como suponer céltica la voz gallega «cheirar», que es lo mismo que la francesa «flairer», derivada del latín «flagrare». (De donde sale el «in flagranti» y no «fraganti», como hace poco, y en letras gordas, lo hemos leído en el título de un telegrama en un diario de la Corte). Porque habría sabido que la lengua gallega es tan latina, tan románica, como la castellana y no tiene más de céltica que ésta.

Recordamos que estando en Canarias se nos decía que eran voces guanches aquellos provincialismos, cuyo origen desconocían; tal «magoa», voz portuguesa —como otras que se oye en Canarias— de evidente origen latino. Lo que no sabemos es que en Canarias se haya dado en alguna de las cuevas de Artenara ningún ¡muera! al Partenón. O desde lo alto del Teide.

Conviene, además, que esos regocijados y regocijantes antipartenonistas no olviden que la leyenda de la Atlántida es una leyenda... helénica, que fueron los griegos los que inventaron eso del gran continente sumergido. Y si se ponen a ahondar en la búsqueda de esa civilización atlántica, lo más probable es que vayan a parar a la cultura helénica.

Miguel de Unamuno
(4 abril 1920)

9. *DE ACTUALIDAD*. «LA CATÁSTROFE DE LA CIVILIZACIÓN»

Hemos leído que en Melilla, en vista del alto precio que alcanzan los sombreros de paja, han acordado algunos jóvenes no usarlos y hasta andar durante el verano con la cabeza al descubierto. Lo que nos parece hasta más sano y más agradable. Y aunque sea al sol. Y aún en invierno. Y en todo caso, puede muy bien sustituirse el sombrero por la gorra, renunciando a la sombra.

Pero ya en serio, el acuerdo de esos jóvenes de Melilla nos indica uno de los efectos que deben seguirse a la actual crisis de las subsistencias de toda clase y es el de limitar el consumo, sobre todo en aquellas cosas de que se puede muy bien prescindir. Y de hecho la guerra y sus más inmediatas consecuencias económicas han enseñado a muchos que había gastos de que podían, sin perjuicio alguno, y hasta con notable progreso en no pocos casos, prescindir. Aunque se observe que por otra parte se derrocha en gastos perfectamente inútiles. Y siempre fue así, que la restricción de lo que se creía necesario lanzó a los hombres al derroche de lo superfluo, sin acordarse para nada del ahorro.

Cuando se ha hablado de la ola de la pereza y de la merma de la producción de lo de más general uso, hemos pensado que con esa ola —real o supuesta— de pereza por parte de los productores directos e inmediatos va de par una ola de derroche de parte de los meros consumidores, de los que gastan lo que no han ganado ellos si no se lo han ganado otros. Y si la ola de pereza del productor hace mermar y encarecer los artículos de primera necesidad la ola de derroche del acumulador de riqueza no acude a estimular la producción de artículos de primera necesidad. Y nunca se ha jugado más ni más desenfadadamente que ahora se juega.

Todas las defensas de las industrias de lujo nos parecen sofisticas.

Si los obreros empeñados en producir artículos de lujo se emplearan en los de primera necesidad, aunque ocupados en ellos menos horas, viviríamos todos mejor. La producción del artículo de lujo es un artificio equivalente al de la creación del ejército de reserva del trabajo, el de los desocupados que actúan a las veces de esquiroles, y que tiene por objeto como enseñaba Marx impedir el alza de los salarios.

Los que hoy están torpemente empeñados en España en abolir la ley de la jornada de ocho horas de trabajo saben de sobra que esa medida no merma la productividad, ya que hay brazos sin empleo —y prueba de ello es la constante y aún creciente emigración de ellos— y que lo que hacen 400 obreros en ocho horas lo hacen 320 en diez, y si sobran 80 no por merma de horas ha de menguar la producción. Lo que sí merma trabajando 400 obreros durante ocho horas, en vez de 320 durante diez, es la renta del capital invertido en la producción. Pero esto es otra cosa.

Hay otros que ante la perspectiva de que un más justo reparto de los beneficios, y sobre todo, de que no pueda consumir el que de un modo o de otro no produzca, hablan de la posible catástrofe de la civilización. Y los que tal auguran

entienden de ordinario por civilización algo muy externo y material. Ninguno de ellos llega al grado de civilización a que llegaron los atenienses del tiempo de Pericles, y éstos, sin embargo, vivían muy sobria y frugalmente. Y satisfacían a expensa pública y en obras públicas lo más elevado de sus gustos. Y en la misma tan calumniada Edad Media, hubo ciudades en que una intensa, intensísima vida interior, una altísima civilización —la de la Florencia del Dante, v. gr.— trascurría en un régimen de altos salarios y de poco lujo.

No, la civilización corre hoy más riesgo —si es que le corre— por la ola de derroche de los ricos ociosos que prefieren malbaratar lo que les ganaron otros a ponerse a trabajar con ello —ya que el no oficio de socio capitalista y puramente tal, se va poniendo mediano— que no por la ola de pereza de los trabajadores. Y es, en todo caso, natural que sientan pereza y hasta repugnancia moral por entregarse a la producción de artículos de lujo —o acaso dañinos— cuando saben que empleándose en la de artículos necesarios esto haría subir sus salarios y aunque hiciese a la vez subir el precio de esos artículos necesarios no sería, ni con mucho, en la proporción que los salarios.

La producción de artículos de lujo es, lo repetimos, otra forma de lo del ejército de reserva.

¿Y qué es el lujo?, se nos dirá. Claro que no es fácil responder a esto, pero en todo caso, los lujos espirituales, que son los que salvan a la civilización, son los más baratos. Le costaba bien poco el filosofar a Platón, que se contentaba con unos higos y no sabemos que gastara muchos ternos.

Miguel de Unamuno
(8 mayo 1920)

10. LOS ISIDROS EN HUELGA

Cuenta la leyenda de San Isidro Labrador, entre otras cosas, que mientras este piadosísimo varón castellano se apartaba del trabajo para hacer sus oraciones, empuñaba un ángel del Señor la manquera del arado y surcaba sus campos. Lo que no sabemos es si San Isidro era labriego o jornalero, labrador rentero o colono, o si se labraba sus propios campos. Lo que de seguro no era es ser terrateniente, más o menos latifundario, que hiciese a otros labrar sus tierras. Y si lo hubiese sido, no habría permitido, por muy santo que fuese, que sus jornaleros se fuesen a orar, al tiempo de la labranza, fiándose en que los ángeles bajaran, y no a modo de esquirolas, a sustituirlos.

Aquello del Evangelio (Mat. VI, 25-34) de que no nos acongojemos por nuestra vida ni por qué hemos de comer o beber o vestir, pues las aves del cielo, que ni siembran, ni siegan, ni recogen en trojes, son alimentadas por nuestro Padre —y Padre de ellas— y los lirios del campo, que ni trabajan ni hilan, están vestidos mejor

que Salomón, esto parece que se dijo, más que para los que trabajan, para otros, para los que viven, del trabajo ajeno. Y no se dijo para éstos lo de que con el sudor del rostro comeremos el pan hasta volver a la tierra de que salimos y de que somos (Gén. III, 19).

Y damos a estos comentarios este tono religioso, porque andan por ahí terratenientes, más o menos latifundarios, dueños de tierras, que no por eso labradores, empeñados en querer resolver el pavoroso problema agrario con recetas pseudo-cristianas para uso de isidros.

Más de una vez hemos protestado contra eso de la democracia cristiana, sosteniendo que el cristianismo no debe meterse en ciertas disputas de los hombres y que su reino no es de este mundo y que no es más cristiana, la democracia, por serlo, que la aristocracia o la autocracia. Y nos parece una profanidad y una profanación manifiestas, además de una errada táctica, eso de querer meter al Evangelio en la constitución de sindicatos agrarios.

Cierto es que a esos sindicatos a que aludimos, los llaman católicos y que catolicismo no es precisamente evangelismo, ni cristianismo, ya que junto a elementos de éstos, del Evangelio y de Cristo, sin duda, contienen otros puramente mundanos y profanos que son los que le llevan a esa ambigua acción de instituir los tales sindicatos. Tiro que les puede salir por la culata a sus autores.

Sabemos de más de un centro agrícola en que por miedo a los sindicatos agrarios espontáneos, autónomos, verdaderamente populares, los amos han fundado sindicatos de esos llamados católicos y que son no sindicatos sino patronatos. Pero los socios de éstos, que no son tan isidros como a los que los arrebañan se les antoja, saben de sobra que si obtienen ventajas en el patronato, es gracias al otro sindicato, al verdaderamente popular. Y de aquí que en más de un centro agrícola, al estallar una huelga de trabajos de campos, los patronizados católicamente, los de rebaño de los isidros, se fueran con los otros, con los rebeldes, y no con sus amos. Y éstos no encontrarán ángeles del Señor que bajasen a sustituir en sus faenas a los isidros huelguistas.

Sí, es indudable que los amos de los isidros han empezado a darse cuenta de su verdadera posición y se van enterando de que si ángeles del Señor bajan alguna vez a hacer el trabajo de un mortal mientras éste ora, es el trabajo de uno que realmente trabaja, ¡claro está! pero no bajan a hacer de esquiroleros en beneficio del amo de la tierra, que en ninguna forma es trabajada por él. Y empiezan a ceder. Y como siempre, mal y a destiempo.

No, señores amos de los isidros, no; no es ese el camino. No es el camino arrebañarlos en patronatos y rifarles lotes y procurarles pegujares de siervos que no les eximan del salario. El camino es reconocer plenamente los sindicatos de ellos, los isidros, por sí y ante sí forman, y tratar con estos sindicatos e ir evitando que llegue a ser brutalmente catastrófica la inevitable transformación final. El camino es no hacer que se persiga a los que predicán doctrinas que no están más lejos del Evangelio que las de esos amos, ni hacer que se los deporte y se los traiga

asendereados y trajeteados, por esas carreteras del Estado, en que no se siembra ni se cosecha y por eso son de todos. El camino es ir acabando con los cotos.

El pobre isidro es libre de manos, pero siervo de pies. Los cotos le son grillos. Adondequiera que entre, fuera de la infecunda carretera que recorre la guardia civil, pisará tierra ajena. Acaso tierra de quien nunca la ha visto, de quien viviendo de renta de trigo, no distingue éste de la cebada, ni de la lenteja siquiera. ¡Y el no distinguirlo le da nobleza!

Van a llegar, con la siega, huelgas de los isidros y a falta de ángeles del Señor que bajen a hacer de esquiroles, los amos acudirán a la guardia civil. ¿Para que siegue? Tal vez... pero no cereales. Y puede llegar a ser una siega trágica.

Hasta que llegue el día en que los hijos de Dios coman lo que sembraron y segaron, y los que no sembraron ni segaron, no coman.

Miguel de Unamuno
(15 mayo 1920)

11. *DE ACTUALIDAD. «EN DINAMARCA»*

Para cobrar huelgo en nuestra lucha y para aprender a la vez algo, veamos lo que pasa en Dinamarca, en esa Dinamarca en que siglos hace olía a podrido, como huele hoy aquí, en España.

Dinamarca forma parte de ese admirable grupo de naciones escandinavas, las más puramente teutónicas, o que consideran muchos lo más verdaderamente civilizado del mundo. Suecia y Noruega, las otras dos naciones del grupo admirable, separáronse una de otra sin desgarramiento cruento, sin lucha, sin ruptura diplomática y, al parecer, por lo menos, sin rencor. Fue un divorcio o separación de cuerpos lo más correcto posible y siguiendo en amistad y trato mutuos.

No hace mucho que en estas mismas columnas comentábamos el que el rey de Suecia, descendiente de aquel napoleónico Bernardotte, rey por la gracia de la revolución francesa, hubiese llamado a sus consejos a un socialista, a Branting, y esto porque el rey de los suecos no tiene perturbado el espíritu por la hoy ya bárbara concepción patrimonialista de la realeza.

Ahora se nos anuncia que el grupo socialista del Parlamento danés ha presentado un proyecto de ley para transformar en republicano el régimen monárquico del Estado de Dinamarca. ¡Y qué va a discutirse! ¡Y va a discutirse, constituyendo hoy por hoy, a lo que parece, mayoría los monárquicos en el Parlamento danés y sin que se haya hecho, que sepamos, declaración previa de que ese Parlamento es constituyente. ¡Lo mismo, lo mismo, como se ve, que se haría aquí, en España!

En Dinamarca se discutirá, creemos que tranquilamente, el régimen y hasta, si es preciso, se discutirá al rey y luego se aprobará lo que se apruebe. Pero no creemos que se acuda ni a procedimientos de clandestinidad, ni a esa repugnante

maniobra conservadora que se llama cubrir las apariencias. Y si el rey sigue después de esa discusión en su trono, seguirá en él acaso con menos majestad, pero con más dignidad, y como el primer servidor de su patria. Y este «su» no quiere decir que ella sea de él, su patrimonio, sino que él es de ella.

«¿Pero, cómo —dirá alguien— se les ocurre a los socialistas daneses, plantear la cuestión de la forma de gobierno?» Y nuestro sociólogo de Cámara, el cortesano Dato, no dejará de pensar que eso no es socialismo pues que, pensará él, lo de monarquía o república no es un problema económico ni influye en el alza de salarios. Y sin embargo...

El hecho es que hoy no van quedando más republicanos, incluso en las repúblicas, que los socialistas. Que si hay monarquías con gorro frigio, hay repúblicas con corona, o con casco, que es peor.

Hay quien se imagina la posibilidad de una especie de realeza o de presidencia socialista y aun comunista y a tal efecto se dice que Lenin es una especie de rey. Puede ser... Pero hay que ver más en el fondo.

Comunista es el régimen de una colmena y hay en ella una reina y... sus zánganos. Pero la reina de la colmena, que si reina no gobierna y cuya función se reduce a la de la maternidad, vive de lo que sus obreras le dan y no posee otro patrimonio. Pero figurémonos que esa reina fuese propietaria capitalista de un número de celdillas del panal o accionista de empresas industriales o mercantiles dentro de la colmena...

Dícese que antaño lucharon los reyes unidos al pueblo contra la nobleza feudal, y la monarquía fue una institución profundamente popular y democrática. Y así fue en verdad, en aquella, no hace mucho, tan calumniada Edad Media. Los reyes no pertenecían ni a la nobleza, ni al clero, ni al estado llano; los reyes no eran más nobles que plebeyos; los reyes estaban sobre esa división de clases o estado y aun a las veces se aliaban con el pueblo bajo contra la nobleza. Y los bienes de la Corona, el patrimonio real, eran bienes del común.

Pero hoy la llamada nobleza, ese guiñapo arcaico, o es de Casa y boca, cortesana, doméstica, o no es nada vivo ni pinta nada. A la nobleza ha sustituido la plutocracia, el capitalismo burgués. Ni un duque conduce nada, ni un marqués guarda marca alguna, ni un conde o «cómite» acompaña, sino que si son algo es como capitalistas, por las dehesas, fábricas, minas, predios o negocios que poseen, como burgueses, en fin. ¿Y los reyes?

Y los reyes también pueden y suelen ser empresarios o accionistas de empresas. Recuértese a aquel Leopoldo de Bélgica y al mismo ex kaiser Guillermo II. Y tal vez una de las causas que desencadenaron la última guerra, fue la de ser Guillermo II un socio de Krupp. El soberano accionista es una terrible realidad.

Los tiempos vienen para las realezas malos y es natural que los reyes se prevengan de una posible quiebra, en caso de destronamiento, haciendo su pacotilla y aprovechándose para ello de su posición. ¡Hasta podrían asegurarse en una

empresa revolucionaria! O hacerse acaparadores de algo. Porque eso de vivir de la lista civil sólo... ¡Pobre Juan sin Tierra!

A ningún socialista con sentido de la realidad y conocimiento de lo que es la naturaleza humana, se le ocurriría nombrar a un rey árbitro en un conflicto entre un capitalista y sus obreros. Porque sabe que si un rey tiene algo de obrero —y puede y debe tenerlo— tiene más de capitalista. Y de capitalista con todas las de la ley.

Veremos lo que pasa en Dinamarca, patria de Hamlet.

Miguel de Unamuno
(5 junio 1920)

12. *DE ACTUALIDAD*. «SOBRE EL PROFETA LENIN»

Hemos leído el libro que Ludovic Nadeau ha dedicado a narrar sus impresiones durante los meses en que estuvo en Rusia preso de los bolcheviques gubernamentales, y se titula: «En prison sous la terreur russe». Ya sabemos que al leer esto de «en prisión bajo el terror ruso», algún creyente místico de la nueva religión torcerá el gesto. La posición de los herejes puros, de los que somos herejes dentro de cualquier grupo, secta o conventillo, es casi incomprensible en estos tiempos de contrapuestas ortodoxias. Y en eso de Rusia cada uno acusa a su adversario de faltar a la verdad o de no haberse informado suficiente y desapasionadamente.

Un papel como el que Nadeau se propone, de ser un historiador de la actualidad —y esa es la labor del periodista— se hace hoy cada día más difícil. En la intensidad de las contrapuestas creencias el amor a la verdad se ha debilitado mucho. Y el dogmatismo acabará con él. El dogmatismo y la cobardía. Que acaso no son sino una sola y misma cosa. Porque el dogmatismo arranca de cobardía mental y de pereza de pensar.

Pues bien, hemos leído el libro de Nadeau, del periodista francés que no quiso en Rusia someterse a la «plataforma», es decir, a declarar ser un sincero correligionario de los bolcheviques. Y en este libro hay el relato de una conversación que el autor sostuvo con Lenin en el Kremlin de Moscú el día 4 de febrero de 1919.

En esa conversación Lenin, el jefe del Estado soviético de Rusia se manifestó, como no podía ser menos, estatista. No es Lenin a pesar de su astucia —o más bien merced a ella— hombre que juega con las palabras. «¿El porvenir del mundo? —dijo—. No soy profeta. Pero lo seguro es que el Estado de los capitalistas y del libre cambio, como lo era antaño, por ejemplo, Inglaterra, ese Estado se muere. El Estado futuro lo monopolizará todo, lo comprará todo, lo venderá todo». Y más adelante le añadió a Nadeau: «Para remediar a las imperfecciones que críticos, por lo demás impotentes, atribuyen al Estado-patrón, habrá que crear, imaginar nuevos

medios de intervención y de coerción. Pero en cuanto a intentar impedir que el Estado llegue a ser el patrón, no hay ni que pensar en ello».

Esto es muy claro y muy lógico, y muestra cuán lejos está Lenin de aquellos anarquistas que pasaban hace años por la extrema izquierda de la revolución social. Dictadura y anarquismo son dos conceptos que se excluyen.

Lenin decía a Nadeau que no se tiene por profeta. Y, sin embargo, es lo que es. Lenin es como un profeta de Israel. Y lo que predica es una religión nueva. Materialista, si queréis —no creemos que lo es— pero religión. Atea, sin duda, pero religión. Y religión que acabaría en una especie de budismo. Religión asiática en todo caso y engendradora de un lamaísmo como el del Tibet.

Lenin niega ser profeta, pero Nadeau nos cuenta esto: «Por lo demás, profirió el reformador con una voz lenta cuyo acento había cambiado de repente, si vivimos todavía un poco... veremos cosas formidables, cosas junto a las cuales todo lo que hemos visto hasta hoy no habrá sido más que un juego de niños. Lo inevitable se cumplirá».

¡Lástima grande que Lenin no tenga, al parecer, la imaginación de un Jeremías, de un Ezequiel, del segundo Isaías, de su compatriota el grande, el grandísimo Dostoyeusqui —en cuyas obras está la clave de todo lo que pasa en Rusia— o siquiera la de un Mr. H. G. Wells, el científicista y profeta profesional! Nos daría alguna indicación respecto a las cosas formidables que aún nos quedan por ver. Y por nuestra parte las deseamos. Sentiríamos tener que irnos de este mundo, a donde sea, sin haber visto esas maravillas apocalípticas y milenarias junto a las cuales es juego de niños cuanto hemos presenciado. Sin enterarnos siempre bien de ello. Y menos aquí, en España.

Lo que parece va a defraudarnos es que así como el cristianismo para poder triunfar —si es que triunfó... que el deán Inge sostiene que aún no ha sido ensayado, y acaso tenga razón— tuvo que pactar con el paganismo y con la filosofía helénica gentílica, así el bolchevismo tendrá que pactar con la filosofía económica burguesa. Y no veremos el fin del mundo como no le vieron aquellos entusiastas de que nos hablan los seis últimos versillos del capítulo IV de los «Hechos de los Apóstoles». Tendrá, pues, cada cual de nosotros que resignarse a ver el fin de su mundo, o a no verlo más bien, y no el de los demás.

¿Y aquí, en España? Aquí, en España, no tenemos profetas, sino exegetas. Y a lo sumo agoreros. Y lo peor es que ni una gota de rocío de humor viene a templarnos la sequedad del páramo dogmático.

Miguel de Unamuno
(3 julio 1920)

13. *DE ACTUALIDAD*. «UNA DEFINICIÓN ÁTICA DE DEMOCRACIA»

El verano va transcurriendo no ya sin el advenimiento de aquellas cosas formidables que nos tiene profetizadas Lenin y junto a las cuales cuanto hemos visto no habrá sido más que un juego de niños, mas ni aun siquiera el de aquellas borrascas nacionales que augurábamos los profetas menores y caseros. ¡Aunque aún falta el rabo, y algo más que el rabo, por desollar!

No cabe duda de que el desgobierno idóneo tiene suerte. Y no es que sepa capear el temporal, ¡no! Hasta ahora le basta para ir pudiendo tirar, que no vivir, con pequeñas mentiras, con embustillos adocenados.

Y entre tanto, los que andamos a la husma de las catástrofes apocalípticas, de la tragedia, ¿qué mejor podemos por vía de entreacto que volver la atención y la mente a lo que siglos hace, antes de la catástrofe apocalíptica cristiana, se dejó dicho «para siempre»? He aquí por qué sacudimos nuestras siestas estivales releiendo a Tucídides, en quien se encuentra ya el tuétano del maquiavelismo. (Del verdadero, ¿eh?, no del falsificado).

Releiendo aquel discurso que el cínico Alcibíades, expulsado de su patria, Atenas, dirigió a los espartanos excitándoles a ir contra aquélla, contra la patria misma del orador, volvemos a encontrarnos con una estupenda definición del «demo», del pueblo. Y hoy que se vuelve a discutir, y aún disputar, con tanto ahínco el concepto y la práctica de la democracia no estará de más recordar la definición de aquel señorito ateniense o ático. Porque Alcibíades es el eterno modelo del señorito ático.

Decía Alcibíades: «Todo lo que se opone al que ejerce el poder público se llama pueblo». (Traducimos por el que ejerce el poder público el «dynastentonti», que es el que hace de «dinasta», el que rige y gobierna). Poco antes habla de tiranos, pero en el sentido antiguo.

Esta definición alcibiadesca del «demo», del pueblo, se lee en el capítulo 89 del libro VI de la obra de Tucídides, y en esta misma, en el capítulo 37 de su libro II encontramos la definición que Pericles daba de la democracia. Y es ésta: «se llama por nombre democracia a causa de que se gobierna no para los pocos, sino para los más». Y si nos fuera permitido esclarecer la definición que de la democracia dio el máximo estadista ateniense con la que del «demo» dio el grandísimo señorito ático, diríamos que la democracia es aquel régimen político que gobierna para los que se oponen al gobierno. O sea para la eterna oposición. Y no sería una definición muy mala.

Si lee estas líneas algún profesional de la política al uso, se acordará, sin duda, del viejo proverbio tan acreditado entre los suyos y que dice que gobernar es transigir. Y no se acordará mal. ¿Pero qué es transigir? Porque aquí está el nudo de la cuestión.

La idoneidad gubernativa, sobre todo la conservadora, transige sí, pero... sin mengua del prestigio del principio de autoridad, o sea, salvando las apariencias,

es decir, aparentando que no transige. Y así es como se desprestigia. Porque para transigir de esa manera tiene que mentir, y la mentira acaba siendo el ambiente habitual de semejante régimen de gobierno. Lo propio hoy del conservadurismo es la mentira. Sus expedientes para ir tirando no son más que mentiras. Y el gobernante conservador acaba por no poder decir la verdad, aunque quiera. La verdad es su muerte civil. Y todo por haber puesto el principio de autoridad por encima del fin de ésta, que es la justicia. Y la justicia es la verdad.

El pueblo es todo lo que se opone al que ejerce el poder público, al «dinasta». En esto llevaba razón el señorito ático. Y cada uno de nosotros forma parte del pueblo, del «demo», en cuanto se opone al que ejerce el poder público, sobre todo si lo ejerce en beneficio de los pocos, oligárquicamente. El pueblo tiene que estar en la oposición siempre. Y la democracia es el gobierno de las oposiciones.

El señorito ático, Alcibíades, en aquel mismo discurso en que excitaba contra su patria a los tradicionales enemigos de ésta, de la que él fue expulsado, les decía: «El amor a la patria no lo pongo en lo que fui atropellado, sino en lo que se me gobernó sanamente, ni creo que voy contra la patria, tal cual, es sino más bien a lograr la que no es, siendo de verdad patriota no quien habiendo perdido injustamente su patria no la ataca, sino el que intenta recobrarla de cualquier modo por el ansia que de ella siente». Doctrinas que le parecerán nefandas a un patriota conservador, es decir, al que trata de conservar la patria tal y como para su provecho y el de los suyos se ha fraguado. Pero la doctrina del cínico señorito ático ha sido la de muchos de los más grandes liberadores de su patria.

Si la patria ha de exigir de nosotros sacrificios, debe sacrificarse por nosotros, por cada uno de nosotros, por los derechos individuales de cada uno de sus hijos, del pueblo. Que es en lo que consiste el liberalismo.

El pueblo, el «demo», pese a todo, acabará siempre por oponerse a toda dictadura, sea de los pocos, de los muchos o de los más. La dictadura es siempre, sea de quien fuere, conservadora, anti-democrática y anti-liberal.

El cínico señorito ático veía muy claro. La injusticia de Atenas le abrió los ojos.

Miguel de Unamuno

(11 julio 1920)

14. *DE ACTUALIDAD*. «CROMWELL Y LENIN»

Bertrand Russell —de su significación y valor en la intelectualidad europea contemporánea, de la profundidad y de la liberal independencia de su espíritu no es ocasión ahora y aquí de tratar— ha publicado en el semanario inglés «The Nation» (números del 10, 17 y 24 de julio), sus impresiones de un viaje a Rusia y de conversaciones con Lenin, Trotski y Gorki, al último de los cuales —el más amable y para mí el más simpático de todos los rusos que ví, nos dice— nos le pinta moribundo.

«Gorki —concluye— ha hecho todo lo que uno puede para preservar la vida intelectual y artística de Rusia, pero está moribundo y acaso ella también moribunda».

Cuando Bertrand Russell le preguntó a uno de los bolcheviques qué habían hecho en pro del arte, impacientóse el preguntado y contestó: «No hemos tenido tiempo para un arte nuevo, así como tampoco para una nueva religión». Y, sin embargo, el bolcheviquismo no parece ser sino una religión nueva, con sus mártires y sus verdugos, sus dogmas y sus anatemas, su sacerdocio, su inquisición...¹².

Bertrand Russell busca cierto paralelo entre la revolución bolcheviquista presidida —si no dirigida— por Lenin y la revolución puritana que acaudilló Oliverio Cromwell.

Y escribe a este propósito: «Los sinceros comunistas no son diferentes de los soldados puritanos en su austero propósito político-moral. Los tratos de Cromwell con el Parlamento no se diferencian de los de Lenin con la Asamblea Constituyente. Ambos, arrancando de una combinación de democracia y fe religiosa, fueron llevados a sacrificar la democracia a la religión impuesta por dictadura militar. Ambos intentaron obligar a sus patrias a vivir en un nivel de moralidad y esfuerzo más altos que el que la población hallaba tolerable. La vida en la Rusia moderna, como en la Inglaterra puritana, es en varios aspectos contraria al instinto. Y si los bolcheviques caen por último será por la razón porque cayeron los puritanos; a causa de que llega un momento en que los hombres sienten que la diversión y el alivio valen más que todos los otros bienes juntos».

Traducimos por «diversión y alivio» las palabras inglesas «amusement and ease». Acaso convendría parafrasearlas, porque «ease» equivale a bienestar, facilidad de maneras, suavidad de costumbres.

Y es que el bolcheviquismo es no sólo una religión sino en muchos de sus aspectos una ascética. Y sorprende ver que se enamoren aquí de él personas que propenden más que a otra cosa a cierto epicureísmo que creen pagano.

Parécenos muy agudo el cotejo entre Lenin y Cromwell. Como éste en nombre del Evangelio cerró contra la nueva Babilonia romana —así la llamaba— así aquél, en nombre de otro evangelio, el de Marx, cierra contra el capitalismo burgués. Para tener al cabo, de seguro, que transigir con él.

«Va más lejos el que no sabe adónde va», decía Cromwell, dicho que a Retz le parecía propio de un tonto. (Véase el «Oliver Cromwell» de John Morley). Y a las veces parece como si Lenin quisiera hacernos creer que tampoco él sabe no ya adónde va, sino adónde lleva a su patria. Recordará acaso las palabras que se atribuyen a Carlos Marx, como escritas en 1869 a su amigo Beesly que había publicado un artículo sobre el porvenir de la clase obrera, y es que le dijo: «Quien compone un programa para el porvenir es reaccionario».

12. Al reproducir el artículo, el tipógrafo cometió aquí un pequeño error. La línea acaba así: «su sacerdocio, su inquisición»; pero en la siguiente reproducen de nuevo la última línea del siguiente párrafo, es decir: «que acaudilló Oliverio Cromwell».

La dictadura bolchevista —no proletariana— es hoy, como lo fue la puritana, la de los motilones de Cromwell, una dictadura armada, militar. Y militarista. Y religiosa. Y una dictadura armada, militar, no discute, no es en rigor pública.

Ludovico Nadeau en su libro sobre su prisión en Rusia cuenta estas palabras de un viejo coronel ruso: «Por lo que a mí hace creo que como están las cosas el partido a que debemos servir nosotros, los militares, es sencillamente al partido más fuerte, sea el que fuere. Sí, el partido más fuerte, si nuestra adhesión le hace más fuerte todavía, podrá gobernar, es decir: imponerse, suprimir las disidencias y hacer reinar el orden, un orden cualquiera, su orden. Ante todo hay que volver a traer la paz interior, poner un término a la guerra civil. Sólo la conseguirá el partido más fuerte a condición de que su predominancia llegue a hacerse aplastante, irresistible».

Dicen que Lenin ha hecho poner en Moscú unos grandes letreros que dicen: «La religión es un opio para el espíritu del pueblo». Y la suya es, sin embargo, una religión, y una religión que se vale de la espada, como la de Mahoma, como la de Cromwell, como la de nuestros conquistadores. Ahora, que la religión de Lenin, con su dogma del materialismo histórico marxista, más que un opio es un alcohol. Y el alcohol es un anestésico.

¡El alcohol! ¡Lo que nos aclara! Repasad el mundo torturado y torturante de Dostoyevski, el de sus idiotas y sus epilépticos, pensad en el alcohol y en el misticismo alcohólico —que le hay— y venid luego a esta tempestad en que parece va a anegarse una civilización que se preocupó demasiado de la diversión y del alivio de la vida.

Miguel de Unamuno
(1 agosto 1920)

15. *DE ACTUALIDAD*. «PASTORES Y MASTINES»

Otra vez más tenemos que acudir al último de nuestros libros picarescos, escrito, por paradójica ironía del destino, en inglés. Nos referimos, ¡claro está! a «La Biblia en España», que en 1843 publicó George Borrow, don Jorgito, el traductor del Evangelio de San Lucas al caló de los gitanos de España. Y otra vez tenemos que acudir a uno de sus pasajes más típicos y castizos.

Hablando don Jorge de Córdoba con un anciano sacerdote, familiar que había sido del Santo Oficio le preguntó si creía que realmente existiese crimen de brujería, y el buen cura le contestó encogiéndose de hombros: «¿Qué se yo? La iglesia tiene el poder, don Jorge, o por lo menos lo ha tenido de castigar por algo, real o no; y como era necesario castigar a fin de probar que tenía el poder de hacerlo, ¿qué importa que castigue por brujería o por otro crimen?»

Este pasaje capital de nuestro —porque «nuestro», español y muy español, es el libro del inglés agitanado Borrow— gran libro picaresco del siglo xii, lo hemos recordado al oír que se va a suspender el Jurado para los crímenes llamados sociales.

No es que creamos, ¡naturalmente!, que los así llamados no sean crímenes, pero sí que no hay por qué descartarlos de los demás inventando para ellos esa absurda categoría. Todos los crímenes son sociales.

¿A qué puede conducir esa invención y el hacer entrar la inquisición de esos crímenes en el procedimiento inquisitorial del nuevo Santo Oficio? Porque de eso es, seguramente, de lo que se trata. De aplicar otra vez más el sistema que produjo ese bochornoso borrón a la civilización española que es la ley de Jurisdicciones, fuente de injusticias y con ello de nuevo crímenes.

Aquí podría aplicarse lo de San Pablo, de que la ley hace el pecado. Porque los llamados delitos contra la patria no son tales delitos ni a la patria se le falta en nada con ellos, tal y como los entienden los que de ellos tienen que juzgar. O mejor los que por ellos tienen que castigar.

En un ensayo que publicamos en febrero de 1906 —y se ha republicado después en el tomo VI de nuestros «Ensayos»— comentábamos aquellas palabras del publicista republicano portugués Juan Chagas de que «en rigor en el régimen militar la palabra justicia es una palabra exclusiva; los crímenes militares no se juzgan, se castigan». ¿Irá a suceder lo mismo con los crímenes a que se quiere llamar sociales?

¿Que estos crímenes suelen quedar impunes...? Sin duda; ¡como los otros! Y no más, de seguro. Pero no parece que ello dependa del Jurado, sino de falta de prueba. Y esto depende de su instrucción, de la instrucción del sumario. ¿Y es que sustrayendo su vista y juicio al Jurado se va a dar valor a los testigos, se va a inventarlos o acaso a aplicarlos, así como a los reos, el tormento? Que bien podría ser... Y bien podría ser porque el tormento procesal no ha desaparecido, ni mucho menos, de España.

No, la suspensión del Jurado no facilitará en nada la inquisición y averiguación de esos crímenes. Lo único que podrá permitir es que otro tribunal, en rigor un tribunal de clase, condene sin suficientes pruebas, «ex informata conscientia» que diría un canonista. Y con unos castigos así, de palo de ciego, de escarmiento, se encubra la ineptitud de poder evitar esos crímenes y la aún mayor de no saber esclarecerlos. ¡Porque es claro! mientras se va detrás de ideas y se persigue opiniones...

¿Que hay que perseguir esos crímenes? ¡Claro! ¡como todos los demás! Y si se persiguiera de veras los demás, en vez de tolerar muchos de ellos, se evitaría los llamados sociales. Pero mientras la política encargada de perseguir esos delitos llamados sociales obtenga subvenciones de la tolerancia del delito social del juego de azar y de otros así, todo será en vano.

Acaso los que más piden hoy que se persiga a ciegas, inquisitorialmente, esos crímenes que llaman sociales ocuparon a los criminales en oficios delictivos. No nos extrañaría que quien hace fuego sobre un patrono hubiese sido antes contrabandista o matutero a su servicio. O le hubiese rendido otro oficio aún peor. Duro es el juicio pero fundado en lo que la realidad histórica nos enseña.

Esos crímenes a que se ha dado en llamar sociales —crímenes, en efecto, pero ni más ni menos sociales que los otros— son hijos de una terrible educación anti-social de los que los cometen. No de falta de educación, de ineducación, sino de educación efectiva. ¿Y quién les ha educado así, anti-socialmente? Acaso algunos de los mismos contra los que hoy se vuelven los golpes.

¡Suspender el Jurado! Ya se verá el resultado que rinde tal medida. ¿No sería más eficaz inventar otra ley de Jurisdicciones y establecer tribunales patronales? Porque acaso los ordinarios, los de justicia general, y pública, no basten.

¿Adónde se va así? ¿Adónde? A que un día los mastines se sublevan contra los pastores, tratándolos de ociosos intermediarios, y los galgos contra los cazadores. «¿Por qué he de esperar —dirá el galgo— que el cazador me eche las piltrafas y restos de la liebre? ¡Cazaré por mi cuenta!» Y acabará cazando al cazador. Y el mastín desollando, en vez de esquilarlo, al pastor.

Miguel de Unamuno
(6 agosto 1920)

16. *DE ACTUALIDAD*. «NUESTRO PADRECITO EL TRIGO»

Leyendo entre los pinos, en un rincón de la Sierra de Guadarrama, «Sachka Yegulev», novela rusa de Andreiev. Y no hace ciertamente contraste con esta calma impasible del campo el relato torturante de las aventuras de la banda de los Hermanos del Bosque; tan de naturaleza, tan pre-humano es todo lo que se refiere a ese bandillaje de la desesperación social. Entra ello más en la historia natural que en la humana, que en la historia propiamente dicha. Es como leer las luchas feroces de una especie animal.

Creemos recordar que fue otro ruso, Gorki, el que habló de los ex hombres. Pero muchos de estos que se supone que dejaron de ser hombres, ¿no será más bien que no han llegado aún a serlo? Nietzsche predicó el sobre-hombre, ¿pero es que hemos llegado al hombre? Al hombre civil, o sea al hombre histórico, queremos decir, no al mamífero vertical, no al bípedo implume.

En esta novela rusa de Andreiev nos detiene un momento el vuelo del interés dramático un pasaje. Es aquel en que Eremay trata de prender fuego a un montón de trigo y Sachka, el jefe de la banda, quiere impedirselo, diciéndole que aquel trigo puede servir para los pobres, para los que tienen hambre. Y Eremay le contesta: «Ese trigo no es tuyo, ¡déjame!» Y el narrador agrega: «Y lanzó sobre el atamán una

mirada breve y resuelta, que parecía llena de cólera, de odio secular contra las injusticias de espíritu de venganza insaciable, acumulado durante millares de años por el pueblo dolorido». Y luego, cuando el trigo ardía, crujiendo las espigas secas, el mismo Eremay, el que lo había encendido, miraba al incendio exclamando: «¡Nuestro padrecito el trigo! ¡Nuestro padrecito el trigo!» Y lo repetía sollozando.

Este pasaje novelesco es altamente simbólico. No sólo en Rusia, sino en todo el mundo civilizado, y, naturalmente, aquí en nuestra España, seculares injusticias, renovadas día a día, han engendrado un espíritu de venganza que mueve al pueblo a quemar trigo. Y si no lo quema lo destruye de otra manera cualquiera y si no es trigo es cosa que lo valga. Destruyese riqueza de toda clase, material y espiritual, para dañar al actual posesor —detentador muchas veces— de ella. Y el daño es para todos. Y más tarde o más temprano los mismos que la destruyen, en germen o en sazón, tienen que exclamar sollozando: «¡Nuestro padrecito el trigo! ¡Nuestro padrecito el trigo!» Pero la obra de la venganza continúa implacable.

Hay, sin embargo, en esta misma novela otro pasaje mucho más oscuro, mucho menos significativo al parecer, pero que completa el citado. Y es cuando al recoger la policía el cadáver de Sachka Yegulev, un campesino dice: «Los propietarios mismos queman sus propiedades para cobrar las primas de seguros y luego achacan el incendio a los Hermanos del Bosque. ¡A ellos sí que habría que echarles mano!»

Los que han heredado miseria e injusticia, los que fueron engendrados en desengaño, destruyen riqueza, queman el trigo de que habría de hacerse su pan de mañana, por espíritu de venganza y de odio, pero aquellos para quien el trigo es dinero y no pan, también lo destruyen. Por agio, por negocio, se limita la producción y aun se destruye lo producido. ¿Es que no hay acaso huelgas provocadas por los patronos mismos que buscan con ello encarecer sus reservas? Disminuir lo que se pide suele ser en ocasiones un modo de encarecerlo. Y no decimos la oferta porque en esos casos no se ofrece. Hace unos días le oíamos decir a un industrial que no le importa ya gran cosa de la clientela. Y es que ahora es el comprador quien anda a la busca del vendedor, y éste se hace rogar.

Cuando oímos hablar contra los obreros que con sus continuas huelgas encarecen el salario y con el salario el valor de los productos de su trabajo y el coste de la vida, pensamos que de esto tanta o más culpa que los obreros tienen los que los ocupan, los que les procuran el salario. El industrial y el comerciante que echa la culpa al alza de los salarios, del encarecimiento de los géneros que fabrica o que vende, suele ser, en una u otra forma, el promotor de esas alzas. Al mismo tiempo que se habla de la escasez de los productos, de su carestía y hasta del hambre en ciertos países, háblase también de grandes fortunas improvisadas. Y es que la riqueza económica —porque hay otra— es algo diferencial.

¿Materialismo? El económico es mucho peor desde el punto de vista moral que el que podríamos llamar filosófico. Porque el filosófico no es tal materialismo. Al de Carlos Marx, a lo que suele llamarse la concepción materialista de la historia, sería mejor llamarle economismo. Y el economismo es la catástrofe de la historia, pues que conduce a pegar fuego a las parvas de nuestro padrecito el trigo. Unas veces

por odio, por vengatividad, por desesperación de las víctimas de la injusticia; pero otras veces por cobrar las primas de los seguros. Y esto de las primas de los seguros es algo de juego.

La humanidad está jugando a una ruleta trágica. Y juega con trigo.

Miguel de Unamuno

(25 agosto 1920)

17. *DE ACTUALIDAD*. «RUEDA LA BOLSA»

Eduardo A. Freeman, el egregio historiador de la Constitución inglesa, decía que la historia no es más que política pasada y la política no más que historia presente. Y donde no hay historia, que otros dicen progreso, no hay política. Y donde no hay política, no hay vida civil. Vida y no meramente existencia o duración. Porque durar no es vivir. Ni es vivir respirar, comer, moverse, soñar acaso e ir tirando. Ni en el orden público, nacional, verdaderamente humano, es vida civil la meramente económica. Ni aunque se engorde, ya que el engordar es crecer.

¿Historia? Los antiguos cronistas registraban en sus crónicas fenómenos naturales, terrestres o celestes, una vaca que paría un ternero con cinco patas, o un eclipse. Tito Livio, y era más que un cronista, apunta los prodigios —un buey que habla; unos ratones que comen oro; un cerdo que nace con la cabeza de hombre...— pero es que a estos prodigios les daba una significación religiosa y así entraban en la historia. Ni es historia una tromba, una gran sequía, una inundación, un terremoto, pero pueden y suelen entrar en la historia. Oliveira Martins en su poemática «Historia de Portugal» nos ha dejado dicho para siempre cómo los terremotos que se sucedieron en Lisboa de 1755 a 1760 contribuyeron a la obra política, es decir, histórica, del marqués de Pombal.

La historia es historia humana y es obra de la voluntad conciente, de la libertad. Y produce hechos, esto es: instituciones, leyes, costumbres, obras de arte, ideas. Ideas sobre todo. Y los sucesos, lo que sucede, lo que pasa, sólo tienen valor humano en cuanto nos dejan hechos, cosas que se hacen para siempre. Y así el suceso entra en la historia pero sólo en cuanto produce hechos. Y el relato del suceso es la gacetilla. Y así como el suceso produce el hecho, su gacetilla debe producir la idea, la idea del hecho.

José Martí, el gran patriota cubano, culpaba a España, a la España del «Madrid Cómico», de que había llevado allá, a su isla, un «alma de gacetilla». La acusación no nos parece del todo justa, pero en cuanto al alma de gacetilla, ¿qué más había entonces y qué más hay hoy aquí en las esferas del Poder público?

Una crisis es un suceso, no un hecho, y de ella se da una gacetilla, pero no cabe sacar idea alguna. A lo sumo tema para un sainete. Y es que lo que se llama elípticamente así, crisis, suelen ser sucesos apolíticos y ahistóricos. Una crisis suele

reducirse a un «fait divers». Y esto porque los que andan en ella no son personas: son personajes.

Una persona es un creador; un personaje es una criatura. La persona hace la comedia, el drama, la tragedia, la farsa, el sainete y el personaje los representa. El personaje no hace más que papeles. Y hoy y aquí papeles de farsa. Ni puede, ni sabe ni quiere salirse de lo que el apuntador le apunta. Y como hasta su papel se sabe mal se le ve arregado sobre la concha.

Un rígido spenceriano ortodoxo —no Spencer mismo— de los de aquello del «individuo contra el Estado» y «exceso de legislación» estaría encantado en nuestra actual e interina España de gacetilla, administrada, que no gobernada, por un gabinete de Negocios. ¿Nacionales? ¿Públicos? No, sino patrimoniales y caseros.

En el cielo hay dos osas, la mayor y la menor, y aquí, en nuestra tierra española, hay dos bolsas, la mayor, o sea la Bolsa con letra mayúscula y la menor, la bolsa de cada cual. Y aunque con otras palabras, a cada vuelta de esquina oíamos lo de «la bolsa o la vida». Y por no dejar la bolsa dejamos la vida.

¿Vida? Vida pública no la hay aunque alguna vez sea engordar. «Se vive» —dice la gente—. Y debería decir: «¡Se tira!» o «¡se pasa el rato!». Y más en las imperiosas vacaciones, que duran todo el año. ¡Pero... mañana será otro día!

Ahora anuncian de nuevo los del Gabinete de Negocios —negocios de la osa mayor y de la menor— que van a empezar a gobernar. A reanudar la historia de España, que habría dicho Cánovas del Castillo, para quien el episodio de 1868 a 1875 si fue historia, no lo fue de España.

Se aprestan los personajes de la farsa. Lo que quiere decir que Maese Pedro —empresario gerente o acaso razón social— castañetea los dedos antes de meterlos bajo las ropas de los monigotes. Y «¡ande la osa!» que se suele decir. O lo que es igual: «¡Ruede la bola!». La bola, ¿eh? O si quieren: la bolsa.

Y lloverán sucesos y más sucesos, que llenarán gacetillas, pero ¿hechos? ¿ideas? Las ideas son peligrosas.

Y en tanto hay quien se divierte yendo y viniendo, volviéndose y revolviéndose como la amiga ardilla de la fábula. Lo que es un modo de matar el hastío, saliéndose de la historia.

Y cuando con ánimo de espectador que va a la comedia a matar el tiempo, a pasar el rato, a olvidar los cuidados cotidianos y caseros, los de la bolsa menor, recorremos el escenario, espejo de la historia, buscamos en él a Triboulet, más conocido por otros bajo el nombre italiano de Rigoletto. Y hasta buscamos a Rasputín, que es hoy un personaje legendario. ¿Es traslucible Rasputín? ¿Lo es Triboulet? Y oímos cantar: «la donna è mobile, qual piuma al vento...»

¡Pluma al viento! Sí, al viento de la gacetilla. Pluma al viento se nos aparece todo. Y el viento se lleva las plumas de las alas de la patria. Y en tanto rueda la bola. Y la bolsa.

Rueda la bolsa y la gente se divierte. Y a falta de historia las gacetas registran prodigios, que un buey —un personaje político gacettesco— habló y dijo mú; que unos ratones royeron una corona de oro («mures coronam auream arrosere», Tito Livio, libro XXX, 2); que ha nacido un gato con cinco patas; que ha habido crisis ministerial. Y que hay crisis bursátil.

¿Personajes? ¡Ni eso! ¡No son más que zurupetos!

Miguel de Unamuno
(5 setiembre 1920)

18. *DON MIGUEL DE UNAMUNO. «UNAS PALABRAS DEL PENSADOR»*

Unamuno se encuentra en Madrid. Por el domicilio en que se aloja desfiló ayer lo más notable de la intelectualidad madrileña que fue a testimoniar al ilustre pensador su simpatía a la vez que su protesta contra la condena de que ha sido objeto.

A la tarde tuvimos la satisfacción de recibir la visita de don Miguel de Unamuno en esta redacción. Cordialmente aceptó el maestro nuestras manifestaciones de admiración por la obra fecunda que realiza con su pluma y de la que toca buena parte a nuestro periódico, que se honra con su colaboración. El ilustre escritor defirió a nuestro ruego de que nos permitiese obtener la nota gráfica que deseábamos brindar a nuestros lectores. Sobre la mesa de trabajo hizo nuestro dibujante Ángel de la Fuente ese notable apunte que va a continuación, el más reciente retrato del maestro.

Pedimos luego una cuartilla al insigne pensador y éste amablemente escribió esas líneas que muestran a través de su sobriedad la entereza moral de un carácter y la conciencia de una alta misión imperterritamente cumplida.

Cuando uno, por mal de sus pecados o por bado del destino, deja de pertenecerse, ha de resignarse a que le traigan, le lleven, le asendereen y sobre todo a que se lea del revés y torcidamente lo que hay entonces en su conciencia. Acaso nadie odia más la exhibición que quien tiene que vivir en el escenario y en gran parte del escenario. Pero hay oficios que no cabe hacerlos a medias y el de hombre público, en uno u otro respecto, es el primero de ellos. ¿Vanidad? ¿Ganas de dar que hablar? ¡Cuán equivocados están los que así piensan! Y qué goce el de verse solo, enteramente solo, poder uno reír con los que se ríen de él, y a la vez reírse de ellos. Con risa, ¡claro está! que es sólo espuma irisada y susurro de una ola de marina amarga.

Miguel de Unamuno
(19 septiembre 1920)

19. *DE ACTUALIDAD*. «LA TETRARQUÍA ESPAÑOLA»

—Esto, amigo mío, es pavoroso; en España reina hoy la frivolidad. Mientras se oye bajo tierra los truenos del estallido que se acerca, las gentes sólo piensan en divertirse, en apurar los días que les quedan de holgorio. A todos les sale todo por una friolera. Esta monarquía...

—¿Monarquía? ¿Pero usted cree que España es monarquía? No, España es una tetraarquía; son cuatro los reyes que aquí reinan y lo que es peor, des gobiernan.

—¿Cuatro reyes?

—Sí, cuatro; dos Augustos con sus dos Césares, como cuando el Imperio Romano, dividido entre Oriente y Occidente, entre Roma y Bizancio, tenía dos Augustos con sus sendos Césares en cada una de aquellas ciudades capitales.

—¿Y son?

—¡Parece imposible que no lo haya adivinado! Los cuatro reyes que rigen hoy a España son el de Espadas, el de Bastos, el de Oros y el de Copas.

—¿Y dónde deja usted los ases?

—Ya iremos a ellos y hasta a las sotas. Porque cada rey de éstos tiene una sota a su servicio y un as que la abroquele.

—¿Y los Augustos y los Césares?

—Los Augustos son el rey de Espadas y el de Oros y sus respectivos Césares el de Bastos y el de Copas. A la Espada sucede el Basto y ambos forman la pareja imperial del palo corto; al Oro sucede la Copa y son la pareja imperial del palo largo; aquella romana, ésta bizantina.

—¿Y no cree usted que aquí quien de veras domina, quien no deja gobernar ni gobierna es el Rey de Espadas?

—Se equivoca usted. La pobre Espada, el espadón, depende de su César, del Basto. Ella nos trajo el Basto y tiene que sufrirlo. No; el más poderoso de nuestros cuatro reyes, el verdadero rey, el que reina de verdad, es el de Oros. Que juega con sus oros y luego toma la copa de su César y... se divierte.

—¿Pero así como sobre los dioses todos del Olimpo reinaba soberano el Hado, la Ananke, no reina aquí acaso soberana sobre esos cuatro reyes de nuestra tetraarquía, la Frivolidad?

—Esa no reina; impera. E impera terrible convirtiéndolo todo en juego. Su nombre es el Azar. Se juega a espadas, a bastos, a oros, a copas. La espada es un juguete y lo es el oro.

—¿Y los ases?

—Dejémoslos ahora. Tiempo habrá de que hablemos del As de espadas, que se llama Bernardo —y no el del Carpio— o por otro nombre el Enano de la Venta, y del As de Bastos, el Bastón o Mamporro y del de Oros y del de Copas. Pero fíjese en que el As de Oros, el Orón, es el verdadero broquel, la rodela de la tetraarquía.

—¿Y las sotas?

—Para otra vez las sotas. Y verá como la más interesante y la más influyente es la sota de copas. Es la más alegre y divertida. Y la que más codillos da. Como que yo tengo un amigo que jugando al tresillo va a la vuelta con un rey y la sota de copas y sin as ninguno. «Ya vendrán la Espada y el Basto —suele decirme— en cuanto vean juntos al rey y a la sota de copas».

—¿Bueno, pero no le parece a usted que todo esto que estamos ahora aquí diciendo no es más que ganas de jugar al ingenio?

—¡Y qué poco nos da este juego, amigo mío! Pero entre tanto se mata el tiempo, y matar el tiempo es el oficio litúrgico de la frivolidad imperante. ¿Además, vamos a tomar acentos proféticos, apocalípticos, y a fulminar imprecaciones? ¿Vamos a ponernos serios?

—Sí, el ponerse serio es hoy lo más ridículo en España. ¿Pero... no cree usted que el valor que más está faltando es el de afrontar el ridículo? ¿No cree usted que es ese el verdadero valor cívico?

—¡Ya está usted en la quijotería, amigo mío! Por mi parte no sé qué decirle. No me siento dueño de mi cabeza. O me he vuelto sordo o estoy asistiendo a un cine de sombras chinescas. Todo eso de si el Presidente va o viene, de si almorzó con éste o con aquél, de si va o no va a pedir el decreto; de si los otros se unen o no y de si cuentan o no cuentan con la colaboración de tal del margen, todo esto me marea. Y como no oigo nada me parece que sueño. Y a solas me pongo frente al espejo y me palpo para observar si me siento de peso y tomo, y carraspeo para oírme. Y me encierro en mi celda. Y luego trato de burlarme de mis veras y de mis burlas, y de acogerme al optimismo oficial tetrárquico.

—¡Claro, no va uno a suicidarse!

—¿Pero es que no cree usted que todo lo que estamos haciendo y diciendo no es otra cosa que suicidarse? ¿No se le ha ocurrido pensar si es que no estamos asistiendo a un alegre y confiado suicidio moral colectivo?

—¿Pues qué otra cosa vamos a hacer?

—Qué se yo... Llegué a pensar si construir como Noé, un arca navegante, pero...

—Pero que...

—Que embarcarían en ella, en el Arca, los cuatro reyes con sus cuatro ases y sus cuatro sotas y cerrándose allí nos dejarían a merced de las aguas del diluvio...

Miguel de Unamuno
(23 setiembre 1920)

20. *DE ACTUALIDAD. «DIVAGACIÓN HELÉNICA»*

El astuto y enérgico cretense Venizelos, Ulises redivivo, último padre de la patria helénica, forjador de la Gran Grecia de hoy, siguiendo aquel consejo del apacible y melifluo Virgilio, de que hay que arrancar las alas a los reyes —«tu regibus alas eripe» (Geórgicas, IV, 106-107)— trató de cercenárselas por lo menos a Constantino, el cuñado del Kaiser de Alemania. Y es sabido cómo terminó el duelo. ¿Terminó?

De la pequeña Grecia balcánica y de espíritu bizantino corroída por el pretorianismo de verdaderos jenízaros atudescados, de aquella pequeña Grecia que habría acabado por ser un apéndice de la Europa Central, el gran hijo de Creta ha sacado la semilla de la Gran Grecia helénica, abierta a los mares. Porque el isleño ese sabe, como lo sabía el máximo ateniense, Pericles, que la libertad está en el mar. Y que la sal marina es la sal de la civilización.

¿Qué habría dicho aquel otro gran isleño, pero de la gran Isla Británica, aquel torturado y torturador Jorge Gordon, sexto barón Byron de Rochdale, conocido en todo el mundo culto por Lord Byron, el único y no el sexto, si irguiendo su espíritu del sagrado suelo helénico de Misolongui, donde le abatió la fiebre cuando iba a luchar por la libertad de Grecia, pudiese haber a este duelo singular? Lo que menos habría repetido aquel verso terrible que en «El avatar irlandés» dirigía —era en 1821, durante el breve dominio de los liberales sobre Fernando VII aquí, en España— a Jorge IV y que para siempre dice a la letra: «Cada bruto tiene su naturaleza; la de un rey es reinar». Y lo diría al ver la tozudez que Constantino, el cuñado del Kaiser de Alemania, pone en volver al trono que debía su linaje, extranjero en Grecia a combinaciones diplomáticas.

El nuevo Ulises, el forjador de la Gran Grecia helénica de hoy y aún más de mañana, acusa a Constantino, al danés, no de los errores de su política internacional germanófila, sino el que a las indicaciones que le hacía el Gobierno helénico, formado por griegos representantes del pueblo, opusiera la teoría germánica e imperialista de la monarquía por derecho divino. Y esto para un griego legítimo y castizo, para quien ha aprendido en sus clásicos, y sobre todo en el inmortal discurso de Pericles, cuál es la esencia de la democracia, eso, para un griego así, resulta más que intolerable.

¿Poder personal? Si siquiera fuese eso el poder personal... Pero no lo es. A lo sumo poder individual. Porque siendo nuestra personalidad lo que representamos en la vida social, ya que persona es la careta y luego el papel que llevamos en la escena civil pública, el poder personal resulta ser un poder representativo. Mas el poder de supuesto derecho divino que trataba de ejercer Constantino, el advenedizo, era más bien un poder individual, acaso patrimonial, y en cierto sentido real.

No vamos a detenernos aquí a explicar la diferencia que establecemos entre personalidad e individualidad; al que le interese esto puede hallarlo en nuestro trabajo sobre el individualismo español inserto en el tomo IV de nuestros «Ensayos». Ahora vamos a indicar en qué sentido el poder que Constantino trataba de ejercer sobre Grecia y hasta contra Grecia era individual, acaso patrimonial y en cierto sentido real.

Tomado aquí «real» como derivado de «res», cosa, y no de «rex», rey, real de realidad y no real de realeza. Y así poder real es el poder de la cosa, de la «res», de la realidad, y no del rey, del «rex», de la realeza y aunque quien lo ejerza sea el rey. Porque el rey, el individuo humano, está en este caso —y en casi todos— sometido a la cosa; la realeza depende de la realidad.

¿Y cuál es la realidad en el caso histórico que ahora contemplamos? Esa realidad es la de la «res» por excelencia, la de la cosa suprema, que es el dinero. Y estamos de lleno en la doctrina realística de la historia, en la interpretación económica de ella, la de Carlos Marx, en esa doctrina que ha culminado no en el socialismo ortodoxo del proletariado, sino en la «Realpolitik», en la política realista —y regalista a la vez— de los conservadores atudescados.

La realidad suprema para Constantino debía de ser la lista civil, lista que «se dignaría aceptar, obligando a todos súbditos por su graciosa aceptación», para volver a servirnos de palabras de Lord Byron, cuyas son las entrecuñadas (Don Juan, canto XVI, estrofa 56). Y Constantino creía sin duda que para conservar su patrimonio lo que le cumplía era estar a bien con su cuñado. Y queremos creer que en el espíritu de ese ingenuo realista, de ese monarca monárquico —no lo son todos— la seguridad de su patrimonio iría unida a la seguridad e independencia de la nación que le pagaba la lista civil que obligando a sus súbditos se dignaba graciosamente aceptar. Sí, creemos que Constantino sea constantinista por ingenua, sincera y profunda convicción. ¡Es tan difícil que un fulano cualquiera, aunque no sea rey ni mucho menos, no sea fulanista de sí mismo! Raros son los casos como el de Proudhon que al observar que se iba formando una secta proudhoniana se declaró anti-proudhoniano él. ¡Soberano ejemplo de libertad de espíritu! Pero ejemplo que es hasta inhumano pedírselo a un soberano.

Cuando Lloyd George, el astuto galés, otro Ulises, pero céltico y no ya helénico éste, estuvo últimamente en Suiza, Constantino pretendió hablarle y aquel se negó a recibirle, según se ha publicado. Y se negó a recibirle por suponerle implicado en intrigas y acechanzas contra Venizelos. ¡Pero es que la realidad es tan tiránica!

Y la realidad debe de ser terrible para esos pobres soberanos destronados, que perdida su personalidad regia se encuentran atendidos a sus propios recursos individuales, lo mismo en lo económico que en lo moral. ¡Los consuelos que podrá darle a Constantino su compañero de hado, vecino suyo hoy en Suiza, el tranquilo y manso y doméstico Carlos de Habsburgo, que tuvo la desgracia de que viniese a hacerse serrín en sus manos el cetro del Imperio Austro-Húngaro! Y así como Venizelos y Constantino y Grecia nos han evocado la sombra augusta de Lord Byron, el buen Carlos de Habsburgo y Austria nos evocan la de Carducci, el autor de aquellos dos, entre otros muchos, inmortales cantos que son la «Canción de cuna de Carlos V» y «Miramar». Pero este es otro cuento. Cuento de trágica fatalidad histórica, y que si no es helénico parece arrancado de una tragedia de Esquilo o de Sófocles.

Miguel de Unamuno
(5 noviembre 1920)

21. *DE ACTUALIDAD*. «...OFICIO... NECESARÍSIMO, EN LA REPÚBLICA BIEN ORDENADA...»

El día pasado comentábamos la expresión académica de don Antonio Maura, presidente de la Real Academia Española de la Lengua Castellana, al llamar rufianescos a los procedimientos electorales del Gobierno. Mas hoy debemos declarar que no se puede tomar estas cosas así, tan a lo trágico. Suelen ser más bien cómicas y de un cómico aburrido, de rutina. Verán un caso.

Sabemos de un distrito en que se presenta como candidato ministerial un maurista —maurista ministerial se llama él a sí mismo— que resulta ser un pobre diablo. Y véase una muestra de su ingenio mauro-ministerial. «¿Con que dudan de que el Gobierno me preste de veras su ayuda, eh?» —se dijo— «¿dudan de mi ministerialidad? ¿ignoran la fuerza de que dispongo en el ministerio? ¡pues verán!» Y pide al ministerio de la Gobernación que destituyan al alcalde de la capital del distrito y nombren otro de real orden. Hay que advertir que el de real orden pertenecía al mismo bando que el destituido y que ni uno ni otro pueden influir en nada en la marcha de las elecciones. Se trataba sólo de dar una muestra de poderío, de influencia en el ministerio, de disponer de los hilos.

El que acude a ese supuesto resorte —del que nada se obtiene— es un pobre diablo, pero el ministro que le hace caso, en vez de mandarle a paseo, es otro pobre diablo. Y el pobre diablo del ministro destituye, porque sí, al alcalde de elección popular y nombra otro de real orden. Pero como ninguno se presta a aceptar este nombramiento después de habérselo ofrecido al destituido mismo que lo rehusó, ¡claro está!, hay que permitir que vuelva el Ayuntamiento a elegir el que tenía elegido y se le destituyó.

¿Comedia? No, sino necedad y pura necedad. Necedad del pobre diablo de candidato que había querido demostrar su poder en el ministerio de la Gobernación y necedad del pobre diablo de ministro que se prestó a esa astracana electoral. En la que nada hay de rufianesco. ¡De grotesco, sí!

Y presumimos que en los más de los casos de que tan amarga y agudamente se quejan ciervistas y mauristas hay más de grotesca astracana que no de rufianesca maniobra.

Recordamos que hace ya bastantes años un cacique político —ya difunto— se molestó porque se hizo en Instrucción pública —que entonces estaba en el ministerio de Fomento— un nombramiento para su distrito sin contar con él y exigió, como compensación, que en el próximo nombramiento —iba a ser de auxiliares de una Facultad— se nombrase, para satisfacción suya, al último de los que figuraban en la propuesta del claustro siempre que fuese el de menos méritos y el más torpe. Y así se hizo. Que es casi como si un cacique dijese: «¿Con que se ha nombrado a ese maestro sin consultarme? ¡necesito una satisfacción! Y la satisfacción será que para la próxima escuela se nombre a un analfabeto. ¡Así verán si tengo o no fuerza!» Y más de una vez se ha hecho cosas por el estilo.

Entre los políticos de profesión es muy frecuente que sacrifiquen la fuerza efectiva a la apariencia de la fuerza. Lo que les importa es aparentar. Como muchas veces con tal de aparentar hábiles —o ingeniosos— dejan de serlo. Y a este propósito se nos viene a la dolorida memoria uno de cuyo nombre no nos queremos acordar, que pasa por listo pero que en rigor suele pasarse de listo. Es decir, que no lo es, que de listo nada tiene, sino otro pobre diablo que sacrifica la realidad a la apariencia.

Cuando nos metemos por acaso a observar los manejos, intrigas y gatuperios de estos profesionales de la electorería ¡qué pobres diablos nos suelen parecer! ¡da risa estudiar sus habilidades!

No, no, las elecciones no son una tragedia. Ni llegan a comedia. Un sainete y de los más desaboridos e insustanciales. Aunque claro está que aun siendo un sainete, y un sainete rutinario y sin gracia alguna, puede ser un tráfico de hombres públicos.

«¡Ha vendido su conciencia por un acta!» ¿Su conciencia? ¿qué es eso de su conciencia? ¿qué conciencia? ¿la psíquica? ¿la moral? ¿la política? «Bueno, sí, quiero decir la política... sus convicciones...» ¿Convicciones? ¿qué es eso? No, no ha vendido ni su conciencia ni sus convicciones. «Sí, sí, a cambio del acta ha prometido al Gobierno que le votará cuáles y cuáles proyectos...» ¿Y qué más da? Ni él ni los más de los que votan esos o los otros proyectos, los contrarios, saben lo que significan. La cuestión es pasar el rato. Y esto es un deporte y poco más.

Y en tanto truena bajo tierra. Truena bajo tierra y una legión de señoritos inconcientes, que se aburren soberanamente —como se aburre todo el que no tiene un manantial íntimo de hondas preocupaciones, que nacen de una mente sensible y despierta— se aprestan al deporte de las elecciones. Es una especie de cacería, en que se va a ver cuántos votos se cobran. Se cobran pagándolos. El señorito más fino, el más aristocrático, el más aburrido y desdeñoso, ni siquiera se digna aparecer por el distrito o si aparece y se pasea por él es para hablar de todo menos de elecciones. Sabemos de alguno que pretende influir en los patanes lugareños hablándoles del príncipe y de la duquesa tal y la marquesa cual y «S. M. me dijo...» y «le dije a su Alteza...» Y estos son los que imponen luego el maestro analfabeto para que se vea su poder.

¿Rufianesco? Menos... menos... Cervantes defendió a los rufianes, «oficio de discretos y necesarísimo en la república bien ordenada y que no la debía ejercer sino gente muy bien nacida y aún había de haber veedor y examinador de los tales» que dijo Don Quijote (Parte I, cap. XXII). Y añadió: «Destá manera se excusarían muchos males que se causan por andar este oficio y ejercicio entre gente idiota y de poco entendimiento...» Aquí, aquí está el toque; en que el oficio de electorero anda, de arriba abajo, entre listos que maldita su listeza. ¡Pobres diablos! ¡Hay cada real orden...!

Miguel de Unamuno
(1 diciembre 1920)

22. *DE ACTUALIDAD.* «LA DISOLUCIÓN INTELECTUAL»

En cierta ocasión se acercó al que esto escribe un cierto joven, opositor a unas plazas, y le manifestaba sus temores de perder el tiempo con la oposición. «La plaza dicen que está ya dada —le decía— a Fulanez, cuya incompetencia y hasta incapacidad incurable usted conoce». «No importa —le replicamos— vaya usted a la oposición; nadie sabe lo que puede ocurrir... que se retira... que se pone enfermo... que se muere acaso... y, además, tiene usted en el tribunal a Menganez, que es competentísimo». «¡Pues es a quien más temo; dicen que está ya vendido a Fulanez!» «¡Sí, Menganez tiene fama de venal y lo es, sin duda... sus necesidades y las de su numerosísima familia muchas, y sus recursos escasos... es venal, indudablemente, pero es muy competente en la materia de que va a juzgar, competentísimo; es muy inteligente, y Fulanez muy bruto; vaya usted a las oposiciones!» «¡Pero si dicen que le ha prometido ya su voto, y que hasta ha cobrado por él!» «No importa, aunque así sea, vaya usted a las oposiciones; Fulanez es tan bruto que aunque Menganez se le haya vendido, en cuanto le oiga desbarrar se des-venderá; no hay conciencia como la inteligencia; vaya usted a las oposiciones». Y fue nuestro joven amigo a ellas y no le pesó.

Porque no hay conciencia como la inteligencia ni hay indignación como la de ésta. Una torpeza, una tontería insigne y redonda y total subleva más que una malicia. Y Dios nos dé para que nos juzguen hombres tan competentes como aquel venal Menganez cargado de necesidades de familia y aliviado de recursos.

¿A qué propósito recordamos ahora esto? A propósito de la persecución que se ejerce sobre una parte de la Prensa radicalmente liberal. Quisiéramos conocer los párrafos que se les tacha. Sospechamos que ningún Menganez como el de nuestro relato se los tacharía, ni aun cuando se hubiese comprometido a ello.

Os hablábamos, lectores, de la disolución política o civil, y por lo tanto, moral de nuestra sociedad. Pero hay algo más terrible y es la disolución intelectual. La tontería anda suelta. A la estupidez de ciertas infracciones de la ley —ley no pocas veces más estúpida aún que su infracción— responde la estupidez con que se trata de reprimirlas. Y si se va perdiendo todo respeto a la autoridad es porque ésta no sabe hacerse respetar. Y no sabe hacerse respetar no por su violencia, no, sino por la estupidez de sus procedimientos. Habrá que inventar una palabra para designar el dominio de la tontería.

Hasta mucho de lo que parece vicio no es sino tontería, vacuidad de espíritu. El que asista a ciertas funciones de teatro y oiga de qué cosas se ríe y qué gracias celebra el público, el que vaya a un cine a presenciar ese espectáculo para sordomudos en que uno hace que habla y se lee luego en un cartel lo que ha dicho —que es como si bailara sin música un tango una pareja y después se tocara la música del tango— el que aguante todo eso se explicará por qué se llenan las timbas. Porque al juego de azar, más que la codicia de ganar mucho dinero en poco tiempo y con poco trabajo, lleva la vacuidad de espíritu, el aburrimiento, la tontería, en fin. ¿Conocemos borrachos y mujeriegos inteligentes, pero jugadores?

El desenfreno del juego de azar acusa una honda disolución intelectual. Y parece como que las autoridades la fomenten. Diríase que se está cultivando desde arriba la galopante tontería nacional. Y cuando se trata de reprimir alguna tontería —casi siempre las más inocentes y hasta las tonterías de opinión— se la reprime tontamente. A la tontería del reprimido responde una tontería aún mayor del represor.

Tenemos una nota de las noticias y los comentarios que en esta ciudad en que vivimos tachaba de un periódico cierta autoridad durante una época de previa censura. ¡Esa nota nos ofrece el colmo de lo cómico! Sólo le faltó a aquella autoridad —que en ratos de ocio escribía unas mentecatas en verso (!!!)— proscribir los versos de los periódicos.

«¡A ver, a ver —decía otro censor— tache ese soneto; nada de ironías!» El soneto era un romance octosílabo en cuarenta versos, y en cuanto a la ironía...

¿Ironía? En el artículo de la Saturday Review de que os hablábamos el otro día se da a entender que se nos ha condenado a diez y seis años de presidio por nuestro pecado de ironista. Y algo hay de esto. Pues en la sentencia se dice, entre otras amenidades, que le llamamos al Rey de España, irónicamente, Archiduque de Austria, cuando es sabido que este es uno de los títulos que nuestro soberano ostenta. ¿Ironías, eh? Es lo que tiene ir con ironías a inteligentes. Y subrayamos, o más bien espaciarnos (ya que, dicho sea entre paréntesis, nos parece que los rotativos españoles deben, como los ingleses, representar el subrayado o bastardilla por un espaciado y no por un entrecomillado, con el que no se debe confundir), espaciarnos lo de inteligentes para que se vea que lo usamos en un sentido antonomástico, es decir inteligentes... en tauromaquia. ¿Ironías a un admirador del Gallito o de Belmonte?

Dicen que la ironía es un gran disolvente. Pero cuando la ironía tropieza con lo que aquí tropieza... Y no, no, no es la ironía lo que está disolviendo la inteligencia nacional. Es que se pone a mastines en el puesto de pastores, y es que se manda censurar escritos al que acaso censurase bien verónicas, pases de pecho y naturales, volapiés y demás trascendentales faenas del toreo.

Miguel de Unamuno
(12 diciembre 1920)

23. *DE ACTUALIDAD.* «WILLIAM BLAKE Y TOMÁS MEABE»

¡Ay, aquel romántico socialista que fue Tomás Meabe, el fundador parece de las «juventudes socialistas»! Y ateo... ¿Ateo? No hace mucho que Joaquín Zuazagoitia, al hablar del ateísmo de Meabe, recordaba nuestro soneto: «La oración del ateo», aquel que acaba: «Sufro yo a tu costa, / Dios no existente, pues si Tú existieras / existiría yo también de veras». ¿Ateo Meabe?

¡La última vez que estuvimos con él!... Fue en Eibar, donde vivía entonces, creemos que desterrado... ¿Desterrado? Lo estuvo toda su vida. Nació desterrado, vivió desterrado, murió desterrado. ¡Como tantos otros! ¿Hay nada más terrible que vivir desterrado en la propia tierra, en la tierra nativa?

Fue en Eibar. Tuvimos una larga conversación —éramos varios— a la puerta de una iglesia de un convento de las afueras de la industriosa villa. Meabe estaba sentado —nos parece ver todavía su hermosa cabeza byroniana— en las gradas de una cruz de piedra. ¡De una cruz, sí, él, ateo! Hablaba yo de pie y él sentado en las gradas de la cruz de piedra, con otros, me oía con los ojos. Y soñaba... No hizo otra cosa que soñar toda su vida. Su ateísmo fue un sueño; su socialismo fue otro sueño.

Un día llegó Tomás Meabe a Vergara —la cuna de mis abuelos y de mis padres— y en el cuarto de la fonda en que tuvo que hacer noche se encontró con un crucifijo. Lo cogió y lo puso cabeza abajo, como se pinta a San Andrés. Y esto, ¿qué era? Esto era cristianismo, y no otra cosa. Esto era que el Cristo le perseguía con su amor.

¿Poner al Cristo cabeza abajo? ¿Pero no es eso ponerle cabeza arriba? En el cielo, fuera de la Tierra, no hay arriba ni abajo. Lo que es arriba para nosotros es abajo para nuestros antípodas y viceversa. Y ahora oíd a Blake.

Blake, William Blake, aquel prodigioso dibujante y poeta místico de quien habréis oído —y si no, es lástima— Blake que unió el siglo XVIII al XIX —nació en 1757, murió en 1827, ¡setenta años de vida!... ¡era un místico!— William Blake escribió entre otras cosas, esta página admirable:

«Los hombres son admitidos en el cielo no porque hayan domado y gobernado sus pasiones o no tenido pasiones; sino porque hayan cultivado sus entendimientos. Los tesoros del cielo no son negaciones de pasión, sino realidades de inteligencia, de la que emanan las pasiones, indomadas en su eterna gloria. El tonto no entrará en el cielo por santo que sea. La santidad no es el precio de la entrada en los cielos. Los que son rechazados son aquellos que no teniendo pasiones propias, por no tener inteligencia, han gastado sus vidas en domar y gobernar las de otras gentes por las varias artes de la pobreza y la crueldad de todas clases. La iglesia moderna crucifica a Cristo con la cabeza abajo. ¡Ay, ay, ay, de vosotros, hipócritas!».

Tomás Meabe no leyó, sin duda —aunque leía inglés y aún algo de inglés tradujo un manual de ateísmo—, Tomás Meabe no leyó, sin duda, ni antes ni después de su triste hazaña del cuarto de la fonda de Vergara, esta página admirable de Blake, otro soñador y otro... socialista también. Si la hubiera leído habría visto con otros ojos el crucifijo y comprendido acaso que estaba cabeza abajo. ¿Qué pretendió al darle media vuelta?

El cristianismo de Meabe —él se empeñó en llamarle socialismo— era de media vuelta, de antípoda, pero cristianismo. Meabe no sintió nunca —y acaso ni comprendió— eso que se llama la concepción materialista de la historia. Y no por falta de sentimiento ni por falta de comprensión. Acaso más bien por sobra de ellos.

«El tonto no entrará en los cielos por santo que sea —let him be ever so holy—», dice Blake. Es que el tonto o necio —fool— no puede ser santo. La santidad está reñida con la tontería, y ésta, la tontería, es un vicio. No, el tonto no entrará en los cielos... ¿Qué dirá a esto ahora Tomás Meabe? ¿Se le presentó, a la hora del juicio, el Cristo cabeza abajo?

«Los que son rechazados (del cielo) son aquellos que no teniendo pasiones propias, por no tener inteligencia, han gastado sus vidas en domar y gobernar las de otras gentes por las varias artes de la pobreza y la crueldad de todas clases». ¡Admirable Blake! Sí, los que carecen de inteligencia no tienen pasiones propias, pero sirven a las de otros y dominan las de otros.

Dos cartas del principal de los gobernadores de pasiones ajenas —y servidores de otras de otros— que hoy disuelven a España y en ambas nos acusa de apasionado y nos da a entender que la pasión nos quita conocimiento. ¡No, sino que nos lo da! Y con este conocimiento que nos da la pasión hemos visto que el señor... ¡no! ¡señorito! A que ese frío represor sirve —y que no es, por supuesto, ningún Cristo— está con la cabeza hacia abajo y los pies hacia arriba, aunque parezca lo contrario.

¡Pasiones propias! Las tuvo, y grandes y trágicas, Tomás Meabe como las había tenido William Blake.

¿Y si viviera ahora Meabe? ¿Si viviera en la España de hoy? ¿Si la viera danzando esta danza loca —en un ataque de Corea— con la cabeza dando vueltas a todos lados, ya arriba, ya abajo, ya a un lado, ya al otro? ¿Si asistiera, por ejemplo, a estas elecciones? ¿Daría media vuelta a sus dogmas? Pero si no los tenía...

Aún estamos viendo sus ojos, aquellos ojos como el mar, que nos miraban hablar mientras estaba él sentado en las gradas de la cruz de piedra de aquel convento de las afueras de Eibar. Y ahora entre las ridículas pequeñeces de esto que algunos llaman lucha nos acordamos del cristianismo invertido, tirando al centro de la Tierra, del pobre Tomás Meabe.

¿Creéis que esto no es de actualidad? Lo fue, lo es y lo será.

¡Pobre Tomás Meabe, fundador de las juventudes socialistas y que acaso se llevó la juventud del socialismo de su tierra!

Miguel de Unamuno
(15 diciembre 1920)¹³

13. Este artículo, que ahora recuperamos, fue reproducido en el n.º 2 de *La Gaceta Literaria*, suplemento literario de la ya extinta *La Gaceta del Norte*, de Bilbao, el 20 de junio de 1987, pp. 1 y 2.

24. *DE ACTUALIDAD*. «NEVADAS Y TERREMOTOS»

Nieva en una buena parte de España. Y encima de la nieve, hiela. Y si Verlaine decía aquello de: «llora en mi corazón como llueve sobre la villa», glosando lo de Rimbaud, de «llueve poco a poco sobre la villa», nos cabe ahora decir aquí que nieva sobre España y nieva sobre el alma del pueblo. Y encima de la nevada, hiela.

El hielo tiene sus ventajas, sin duda. Cuaja el agua e impide que fluya. Los témpanos son cosa sólida, firme y hasta cortante. Un conventículo, una secta, una iglesia, un partido político, son témpanos y hasta icebergs. El calor los deshace. La organización, eso que llaman organización, suele ser congelación. Y la congelación es cristalización. Al cabo la iglesia sustituye al dogma, la organización a la doctrina. La idealidad, que es cosa fluida, desaparece. O mejor dicho lo que desaparece es el pensamiento.

Porque el pensamiento es cosa fluida, es curso de ideas —que cambian ¡claro!—, es vida. En cuanto se llega al dogma se deja de pensar. Un dogma se aprende y se repite; pero no se piensa. En cuanto se piensa un dogma, el dogma se deshiela, se funde, se va. Y basta de estas metáforas.

Nieva, y al mismo tiempo se dice que se registran temblores de tierra, más o menos lejanos. Tiembla bajo tierra y nieva sobre ella. Y dicen que esos temblores vienen de fuego soterráneo. El caso es que hay volcanes con la cumbre nevada.

También la lava suele cuajar. En las faldas del Vesubio viven gentes del rico producto de las tierras, en un tiempo candentes, que enterraron antaño a pueblos.

A las veces se habla de la atonía de nuestro pueblo. ¿No será más bien entumecimiento? Y entumecimiento por congelación. Y cuando se queja, debe de ser sabañones. Hay sabañones del espíritu colectivo. Cada partido político, por ejemplo, es un sabañón. Es sangre congelada.

¿Partido? ¡No, sino más bien entero! Dos, tres hombres, diez, cien, mil, diez mil, cien mil, un millón de hombres, si queréis pueden formar un partido, una parte, un pedazo de un todo; pero un hombre solo, si es hombre, no forma partido. Porque un hombre solo, si es hombre, esto es, si piensa, no es parte, sino que es todo; no es partido, sino que es entero. Y esto es así, porque un hombre piensa, y una colectividad, no. Una colectividad puede tener ideas —témpanos, dogmas—; pero no puede pensar. No hay pensamiento colectivo, aunque haya ideas colectivas.

Pero es que hay el hombre-parte, el hombre-cacho... Claro: el vocero, el representante. Y más si es con mandato imperativo. Y el mandato imperativo es la muerte del pensamiento. También se le llamaba el personero.

Nieva sobre la tierra y truena debajo de ella. Y dicen que la gente se divierte...

Cuando nieva, una de las maneras de divertirse es echarse unos a otros bolas de nieve. Se dice que así se entra en calor. También suele divertirse la gente en echarse unos a otros ideas, eso que se llama ideas, dogmas, fórmulas, principios de programa. Lo peligroso es que se le ocurra entonces a alguien lanzar sobre los

otros un chorro de agua caliente, de pensamiento, sin témpanos. El agua caliente hace reventar los sabañones.

Con témpanos de hielo se puede construir una cabaña. Y hasta un palacio. ¡Con agua corriente, no! Y la gente quiere una cabaña en que albergarse, aunque esté hecha de nieve.

Con esta nevada nos acordamos de Brand, del trágico Brand ibseniano. Su pensamiento y su sentimiento, que eran fluidez y fuego, arrastraron al pueblo de los Fiordos; pero este pueblo le pidió ideas, témpanos, y le pidió una iglesia a que acogerse, y Brand no se los pudo dar. ¡Claro!

De la nevada cabe prevenirse; pero ¿del terremoto?...

¿Habrá terremotos en el polo? Por lo menos, bajo aquella enorme capa de hielo apenas si se sentirán. Y luego, no hay quien los sienta...

Cuando a la tierra le da por temblar bajo los pies de uno, ¿qué remedio queda? Ir a otra, aun exponiéndose a que también la otra tiemble.

Dicen que esto de la emigración se va poniendo malo. Es decir, que ya no admiten emigrantes en ciertos países ultramarinos. ¿Admitirán emigrados?

¡Oh, si tuviese uno siquiera diez años menos!... Rompería con estos lazos, y dignamente, sin tener que pedir mercedes que humillan, y que hasta deshonoran, se iría... Se iría a otras tierras, y acaso a otros terremotos. Huiría...

«¿Huir? ¡Huir es de cobardes!» Según de qué. No creemos que sea de valientes el no huir de un terremoto, el dejar que se le trague a uno la tierra. Porque como no cabe defensa...

Pero, en fin, ¡hay que quedarse!... Y menos mal el que es capaz de hacerse su choza de témpanos de hielo, el que puede albergar su espíritu en una cabaña de ladrillos ideológicos y convivir allí, aun lleno de sabañones. Pero, ¿y el que vive en el agua? ¿El que está condenado a pensar?

¡Libertad de pensamiento! ¡Libertad de pensamiento! ¿Saben bien lo que proclaman los que la proclaman? Porque libertad de pensar no es libertad de tener ideas. O de ser tenido por ellas. El hombre de ideas, no por eso piensa. Aunque ajetree y trafique con ellas.

¡Hay que vivir entero, y libre, y pensando!

Miguel de Unamuno
(22 diciembre 1920)

25. *DE ACTUALIDAD. DEL RETABLO DE MAESE PEDRO*

Cuando maese Pedro abrió el retablo y lo descubrió —lleno por todas partes de candelillas de cera encendidas, que le hacían vistoso y resplandeciente— a los ojos de Don Quijote y Sancho y Compañía —como puede verse en los capítulos XXV y XXVI de la Parte II del Libro— y el trujamán empezó a explicar el drama apareció Don Gaiferos, olvidado ya de Melisendra, jugando a las tablas, por lo que el emperador Carlomagno, «padre putativo de la tal Melisendra» «mohino de ver el ocio y descuido de su yerno, le sale a reñir». «Y adviertan —dice el trujamán— con la vehemencia y ahínco que le riñe, que no parece sino que le quiere dar con el cetro media docena de coscorrones, y aún hay autores que dicen que se los dio...»

El otro día os hablábamos, lectores nuestros liberales —¿no han de serlo los de *EL LIBERAL*?—, del maese Pedro, de Ginesillo de Parapilla; hoy queremos deciros algo de Don Gaiferos y del emperador Carlomagno el de los cetrazos de retablo, retablescos cetrazos!

Lo que quería Don Gaiferos, no nos quepa duda, era que le dejaran en paz jugar a las tablas. Don Gaiferos, que aunque parecía de palo y un títere, era tan de carne y hueso como Ginesillo, como Don Quijote y Sancho y aún como Cervantes y como nosotros —sí es que lo somos...— Don Gaiferos sabía muy bien que le hacían moverse las manos de maese Pedro. ¿Y Carlomagno? Sí; también Carlomagno, emperador y todo como era, sabía que los cetrazos a Don Gaiferos era maese Pedro quien se los daba. Y también Carlomagno, emperador y todo, habría preferido que le dejaran en paz. Pero, en fin, «gajes del oficio!», según solía decir y nos lo ha transmitido en otra obra, hasta hoy inédita, Cide Hamete Benengeli.

* * *

¡Qué sedante, qué iluminante, qué reconfortante volver a leer en estos días nuestro Libro, mientras otros comentan las últimas elecciones!

Es opinión general que éstas han sido frigidísimas. No se ha logrado apenas comparsa y menos coro para la función. Las gentes se dan cuenta de que lo que puede interesar se resuelve —si se resuelve...— en una cámara o camarilla, en un escritorio, en una alcoba, en una taberna, en una timba acaso, en un cuarto de banderas, en una sacristía, en un Palacio o en una Casa del Pueblo, en cualquier parte menos en el Parlamento.

¿Y el Gobierno? Hay que ser justo y decir la verdad. Esta vez no ha forzado, ni mucho menos, lo que suele llamar la máquina electoral. Ni podía forzarla... Pese a las naturales quejas de los que se creían perseguidos —¿entre ellos algún ministerial!— no ha ejercido ni amaños ni violencias. Algunas ridiculeces, sí, algunas inútiles ineptias. Pero esto para contentar a los candidatos de poco seso. No, el Gobierno no se ha excedido. ¡Pero si iba de mala gana!...

Somos de los que creemos que al señor Dato y Compañía les habría importado muy poco ser derrotados en las elecciones y tener así un honroso pretexto para retirarse por el foro, haciéndole de paso, un significativo gesto, con el brazo y la mano, al empresario. ¡Mientras le dejen a uno jugar tranquilamente a las tablas!...

En un mitin a que asistimos y en el que tomamos parte se recordó, hablando del último decreto de disolución de Cortes, la famosa escena histórica entre don Salustiano Olózaga y la joven reina Isabel, casi una niña. ¡Una escena de retablo también! Sin más que dos testigos, a cuyos testimonios hay que atenerse. ¿Pero a qué venía ese recuerdo? ¡No, no, muy mal traído! Y lo dijimos allí mismo. Ahora no ha habido don Salustiano ni mucho menos. ¡No, nada de don Salustiano! Más bien lo contrario, un anti don Salustiano. ¿Verdad, don Eduardo?

¿Verdad, don Eduardo, aquí, para inter nos, que don Gaíferos habría preferido que le dejasen quieto, en su casa, olvidado de Melisendra —aunque no de otra dama cualquiera— jugando a las tablas o al tresillo? ¿Verdad que no están los días para olozagadas?

Nuestro amigo el conde de Romanotes, gran conocedor de los recovecos del retablo y liberal de veras —pero liberal de amagar y no dar— cree que el Gobierno actual no hará los presupuestos. ¿Y otro? Desde que nuestro amigo el conde de Romanones envainó aquel estoque histórico, también de retablo, sigue viendo muy claro. Pero sólo viendo, por desgracia... Verdad es que a las veces lo mejor es no ver. Aunque corra uno el riesgo del Sansón agonista, el de Milton, el que decía: «Ciego entre enemigos, oh, peor que cadenas, calabozo, mendicidad o edad decrepita!» ¡Sí, cosa terrible vivir ciego y entre enemigos, y lo sabía Milton, ciego también, tanto como Sansón! ¿Pero no es verdad, amigo don Álvaro, que muchas veces es peor aún vivir con mucha vista y entre amigos?... Sí, sí, entre amigos y con demasiada pupila suele ser a las veces peor que entre enemigos y ciego. Sobre todo si los amigos no ven demasiado.

El que vive ciego y entre enemigos es otro. Aunque no sea ni Sansón ni siquiera agonista. Y menos, protagonista.

No, el Gobierno, esto que a falta de otro nombre se llama así por antonomasia —por contraposición— no hará presupuestos ni supuestos algunos; hará como que hace; hará lo que le dejen hacer. Y no se hará nada. Así, en plena disolución política, no se puede hacer nada.

¿Que trueno bajo tierra? ¿Qué nos rondan terremotos? ¡Bah! ¡Contádselo a maese Pedro! Hay que hacer que se hace...

El pobre don Gaíferos, hostigado por los cetrazos de Carlomagno, arrojó «impaciente de la cólera lejos de sí el tablado y las tablas» y pidió las armas, y a su primo don Roldán prestada su espada Durindana, que el primo no se la quiso dar, y fue a la libertad de su esposa Melisendra. Lo que hay que volver a leer hasta el momento en que don Quijote hizo añicos del retablo. Sin gran pesar, lo sabíamos de buena tinta, de los títeres. Que apetezcan descanso, y aunque fuese con la cabeza rota.

¿Pero pidió don Gaiferos a don Roldán que le prestase su espada Durindana? Lo dudamos, lo dudamos mucho. La quería don Roldán para sí. Y don Roldán, como don Gaiferos y como Carlomagno se movían por mano de maese Pedro. Y hasta los cetrazos eran de éste. Pues él llevaba la batuta.

Miguel de Unamuno
(26 diciembre 1925)

26. *DE ACTUALIDAD*. «LA PARADOJA Y LA SOLEDAD»

Colocado en lo que el vulgo necio cree cima —y suele ser cima— un hombre que de veras lo sea, un hombre entero y verdadero, no menos que todo un hombre, pero no más ¡cuánto daría por gozar de verdadera soledad! ¡por poder encontrarme alguna vez a solas consigo mismo!

«¿Pues dónde más solo que en una cima o cumbre?» —diréis—. Pero no; que en la cumbre se está a la vista de todos y se es blanco de las miradas de los que habitan y trabajan o huelgan —más de los que huelgan— en las faldas de la montaña y en las honduras del valle. En la cumbre no se está nunca de veras solo, ni aunque el encumbrado se envuelva, como Júpiter en el Olimpo, en niebla. Y esas nieblas de cumbre son peligrosas para la salud hasta de los dioses olímpicos.

El que ocupa ciertas alturas no logra verse a solas, consigo mismo, escudriñar su conciencia. Oíamos en cierta ocasión a un señor obispo que en sus visitas pastorales por encrespadas sierras pirenaicas gustaba de ir a caballo, adelantarse a los que le acompañaban y cabalgar durante horas solo, solo frente a la solemne y serena soledad de la naturaleza. «¡Le es tan difícil a un obispo poder hallarse solo!», añadía melancólicamente el buen pastor de almas.

La Iglesia Católica ha establecido para sus ministros de toda jurisdicción días de retiro, de ejercicios espirituales, días en que se pueden ver a solas, que es verse en el espejo de Dios, en la conciencia. Y convendría establecer algo por el estilo en el orden civil y político. Convendría que los que de por vida hayan de ejercer algún poder público —y cuanto más elevado tanto más conveniente ello— se tuviesen que retirar algunos días al año a hacer ejercicios, pero ejercicios espirituales, continuado examen de conciencia. ¡No ejercicios de deporte, claro!

Pero esos mismos personajes encumbrados, en cumbres soberanas acaso, que no pueden gozar de verdadera soledad, de la fecunda, de la que le pone a uno cara a cara de sí mismo, en el centro de la historia, están siempre solos. Y más solos cuanto más rodeados de gente. Y esta es la paradoja de la soledad. No pueden estar consigo mismos pero tampoco están con los demás, no están acompañados. ¡Y ello debe de ser terrible!

Ni saben la verdad de los demás, ni menos saben la verdad de sí mismos; ni conocen a los que les rodean, ni menos se conocen a sí mismos. Y en tales condiciones a

poco que sean hombres han de temer a los demás, pero han de temerse más a sí mismos. ¡Cosa terrible tener miedo de sí mismo! Y por miedo de sí mismo miedo de los demás. Miedo a la verdad. Miedo a la soledad. El miedo trágico del que no puede estar solo, solo consigo mismo, y tiene sin embargo que estar solo, solo entre los demás y sin ellos.

«¿Y por qué no querría verle, encararse con él? —se nos preguntó—. Y contestamos: «¡por miedo!» «¿Por miedo a quién?» «¡A los dos!» «¿Cómo a los dos?» «Sí, por miedo a aquel a quien habría de ver y por miedo a sí mismo». «¿Miedo a sí mismo?» «Sí, es el miedo de las cumbres sociales...»

Porque en esas cumbres soberanas, el encumbrado necesita para creer en sí mismo que los demás crean en él y es tan difícil escudriñar la fe de un supuesto —y acaso fingido— creyente cuando éste se halla interesado en explotar su creencia! Es lo que trae la que llamamos la paradoja de la soledad. Y que podría llamarse la paradoja de la soberanía. De la soberana soledad; de la solitaria soberanía. Y es lo que otros llaman el vértigo de las alturas. Que produce a las veces el vértigo de la locidad. Y de la versatilidad. Y de la frivolidad.

El terror pánico era el que infundía el dios Pan, el que nace al que camina a solas, y más si es de noche, por una soledad, por un bosque. Es el terror a la soledad del que no sabe estar solo. ¡Terrible terror!

Y es ese un miedo que empequeñece mucho más que el otro. Como es la cobardía civil, y no la falta de coraje animal lo que degrada y envilece a un gobernante cualquiera. El que se llama valor personal tiene muy poco valor en casos tales.

¡Vivir —¿vivir?— lleno de miedo a la soledad y condenado a vivir solo! Solo y aislado. Que no es lo mismo.

Puede estarse solo en una isla —o islote— o en medio de un vasto continente, y puede estarse aislado, en isla o islote, con alguna compañía o sin ella. Y esto, aun pareciendo estar solo. Robinson vivió aislado, pero no solo, pues que vivió consigo mismo y más desde que el loro aprendió a llamarle por su nombre: «¡Robin, Robin, Robin!» El alma de Robinson era un pueblo. Pero es que Robinson no se había criado solo ni aislado.

Y ese miedo terrible, trágico, ese miedo de la soledad de la cumbre, de la paradójica soledad, ese miedo soberano es la nube olímpica. Y sus tristes efectos descienden de la cumbre. Y la nube vela los ojos de los que desde las faldas de la montaña o desde las honduras del valle miran al encumbrado. Se los vela un momento, pero luego se los aclara. Y de todos modos la fe no vive de niebla, aunque otra cosa se diga. ¡De tinieblas tal vez, de nieblas no! Lo nebuloso produce dudas, lo tenebroso fe. El dios olímpico que quiera tener fieles envuélvase en tinieblas, pero no en nieblas.

Y luego todo pueblo regido por el miedo, por el soberano miedo a la soledad paradójica, marcha por entre nieblas. Que es peor que marchar en tinieblas. Porque las nieblas fingen cumbres donde hay abismos.

¡Terrible paradoja la de la soledad soberana! ¿Pero, señor, quién nos librerá del miedo a la soledad? Recordemos las terribles palabras de San Pablo en los versículos 19 al 24 del cap. VII de su Epístola a los Romanos.

Miguel de Unamuno
(15 enero 1921)

27. *DE ACTUALIDAD.* «INTERESES ILEGÍTIMOS»

¡Bueno, pero bueno, ha salido de sus dictámenes sobre las actas de Torroella de Montgrí y de Tortosa el más alto —el más alto en jerarquía, ¿eh?, que no sirve confundir— el más alto Tribunal del reino! Y del reino, ¿eh? —que tampoco aquí sirve confundir—, del reino, y no de la nación. La nación —si existe ya...— es otra cosa. ¡Bueno, pero bueno, ha salido de eso!

Y mejor aún los que, a conciencia de que esos dictámenes eran injustos y arrancados a fuerza mayor, los han votado. Que han de ser los de la futura mayoría, de la verdadera mayoría. Que no es la ministerial.

¡Las cosas que hemos leído en la Prensa al propósito! ¡Y las que se habrían dicho y no se habrán escrito! Porque esto, esto, lo que se dice en los pasillos, en las antecorredores, en los corredores, en torno a las mesas de las redacciones, en las tertulias de los próceres de la política, y luego no se publican. Y si alguna vez se publican es porque llegan a conocimiento de cualquier pobre indiscreto que no entiende de sus propias conveniencias, su «conveniencia personal», que dice el conde de Romanones.

Respecto al dictamen sobre el acta de Torroella de Montgrí, que merced a falsificaciones, según se dice, ha sido adjudicada al director de los Registros y el Notariado —¡estupendo!— pronuncióse el señor Maura, y en la discusión de la de Tortosa intervino —¡cosa más singular...!— el señor Alba. E intervino defendiendo el mejor derecho de Marcelino Domingo. ¿Qué fue esto? ¿Qué papel representaba en esa defensa que debía de presumir que habría de ser inútil? Porque no nos cabe duda de que se trataba de un papel... Interés de tener a Domingo en el Parlamento no creemos que hubiera de ser... Ni a la izquierda...

El señor Alba dijo que ese dictamen era una vergüenza, que destila insinceridad e injusticia y que demuestra que el Tribunal Supremo —supremo, ¿en qué?— se ha rendido a influencias e intereses ilegítimos. Pero, ¿a qué influencias?, ¿a qué intereses? Sería mejor, si es que ello no se sale del papel, que lo dijera. ¡Que lo diga! Y añadió que cuando el señor Domingo cometa un delito, si forma él, el señor Alba, parte del Gobierno, pedirá que se le aplique todo el rigor de la ley —¿de qué ley?—; pero cuando el señor Domingo apela al voto de sus conciudadanos, él, el señor Alba, no contribuirá a que la arbitrariedad le cierre las puertas del Congreso. Bueno; pues eso que se lo cuente, con un recadito a la oreja, don Santiago a quien

se lo deba contar. Y en cuanto a lo del delito, sobre que lo haya alguna vez cometido el señor Domingo, ¿qué entiende por delito don Santiago? Aunque como es abogado...

Claro está que el señor Puig de la Bellacasa y el señor Domingo pertenecen a dos agrupaciones políticas nefandas, vitandas, execrandas y... antipatrióticas. Antipatrióticas desde el punto de vista del reino, claro; no desde el de la nación. Y el más alto —en jerarquía— Tribunal del reino —no de la nación ni de la patria— aplica el criterio de ese patriotismo. Patriotismo farisaico.

¿Farisaico? ¿Por qué farisaico? Pues porque hay una razón supuesta patriótica que es la que aplicaban los fariseos. Basta leer en el capítulo XI del Evangelio según San Juan los versillos 47 al 54 para verla expuesta con toda claridad. Es la que luego se ha llamado razón de Estado y es el sostén de todo despotismo. Y esa razón la expuso Caifás ante el sanedrín, y por ella se le condenó a Jesús... por antipatriota. Por antipatriota se le condenó al que había dicho que hay que dar a Dios lo que es de Dios. Y esto que es de Dios es, según nuestro cristianismo, don Pedro Calderón de la Barca, el honor. El honor de que no suelen tener muy clara conciencia los pontífices y fariseos del Sanedrín, con Caifás a su cabeza.

Y si a alguien le pareciese profanación que traigamos «ejemplos evangélicos al caso, y hasta el nombre santísimo de Jesús, tenga en cuenta que la crisis por que está pasando España es, tanto o más que política o social, religiosa. Y religiosa en el más alto sentido de la palabra, de fe y de religiosidad. Es una crisis en que se está hundiendo el sentido de la justicia.

¿Y ha de extrañar a nadie la disolución de todos los lazos sociales, la anarquía, la indisciplina, cuando atropellan a sabiendas y a conciencia la justicia los encargados de administrarla? ¿Cuándo se pliegan a las influencias y los intereses ilegítimos de que habló el señor Alba? El foco de corrupción se encuentra en el centro más vital de la vida pública.

¡Y se habla de rehacer y de reconstruir! ¡Aquí lo que hay que hacer es limpiar! ¡Reconstituir! Sobre fango no se puede asentar cimientos duraderos.

Miguel de Unamuno
(20 febrero 1921)

28. *DE ACTUALIDAD*. «FILOSOFÍA DONJUANESCA»

Teníamos ya pensadas las reflexiones que van a seguir, cuando recibimos hoy, 9 de marzo, la noticia del último —último hasta ahora— acto de la bárbara y cruentísima tragedia que se está desarrollando en esta convulsionada España. Pensamos al pronto guardárnoslas y acrecentar con la nuestra la protesta contra el terrorismo, contra todo terrorismo, pero hemos temido que no suene a hueco lugar común lo que a tal respecto pudiéramos decir.

Y cuando la barbarie arrecia en torno y la fiebre de la mala sangre está, a dos filos, enrojeciendo y enloqueciendo a España, no es ocasión para endechas y tópicos baladíos, de esos de salir convencionalmente del paso.

Lo que hace acaso más fatídico, más agorero el sino terrible del hombre que ha caído víctima de una ferocísima guerra intestina, es que tal vez quiso oponerse a los procedimientos por que, con una torpe táctica, se trataba de acabar con ella; es que ocupaba un puesto de peligro sin gusto ni gana y quién sabe si por evitar que lo ocupase otro más arrojado y temerario... Mas de esto se podrá y se deberá hablar cuando la confusión del momento, la que produce la perpetración de todo crimen como el de que ha sido víctima don Eduardo Dato, se haya disipado, y quepa discurrir, sin que por ello se hiera sagrados dolores, sobre el hecho como sobre un fatal y lamentable episodio de esta salvaje tragedia que estamos, no presenciando, sino padeciendo.

Y dicho esto queremos decir algo —no más que algo— de lo que, antes de tener noticia del crimen de ayer, teníamos pensado, para nuestro artículo de hoy. Y era hablar de la disposición de ánimo donjuanesca o tenoriesca por oposición a la quiijotesca. Que no se diferencian en lo que atañe a la lujuria, no.

Lo que fundamentalmente diferencia a Don Juan Tenorio de Don Quijote, es que aquél vive al día sin que para él haya porvenir, mientras que éste otro se preocupa del juicio de los tiempos venideros, de lo que dirá de él la historia. La frase típica de Don Juan, sobre todo tal cual nos le presentó Tirso de Molina, es: «Si tan largo me lo fiáis...» Don Juan vivía al día, en el placer del momento.

Y esta disposición donjuanesca, esto de no atender sino a salir del paso, a soslayar la dificultad de hoy, a ir tirando, a ganar tiempo —que es perderlo— es una de las más fatídicas causas de los males públicos que nos abruma y acongojan.

De otro Don Juan, no del Tenorio, es la repetición de aquella terrible frase popular: «¡De aquí a cien años, todos calvos!» O como dijo el otro: «¡Eso tendré que verlo desde el... pudridero!» Y está dicho, sin embargo, que el cultivo del árbol es un cultivo heroico, porque ni ha de recoger su fruto ni acaso ha de gozar de su sombra el que lo planta.

«¡Mañana será otro día!», dicen unos, y otros: «¡mañana... Dios dirá!» ¡Y hay que oír lo que Dios les dice a los que dicen tal! Pero hay otra frase más fatídica aún y es aquella de: «¡bueno; pero nadie me quita lo bailado!»

«¡Nadie me quita lo bailado!» Consideremos todo lo que hay de pavoroso en esta expresión genuinamente donjuanesca y anti-quiijotesca por lo tanto. Y consideremos también que las catástrofes vienen aureando a paso de baile, o si se quiere más concretamente, a paso o trote de zorro, a «foxtrot». Sí, señor, a tal paso suelen venir las catástrofes.

No hace mucho tiempo se hablaba, para explicar ciertos fenómenos económicos y la carestía de la vida, de la ola de pereza. ¿Y ahora? ¿qué ola es la que recorre el mundo social? Y lo que llamaban pereza era vivir al día, era no pensar

en el porvenir, ni sentirlo, era sentir donjuanesca. Y lo mismo los dirigidos que los dirigentes. Y aun más éstos.

Agréguese que se está desarrollando una imaginación colectiva morbosa que toma toda la tragedia que vivimos como un espectáculo y no como algo en que nos va el porvenir. Lo cual es donjuanesco también. Todos, quienes más quienes menos, sentímonos arrastrados a hacer... literatura. Hoy mismo y con ocasión del último episodio de esta cruenta tragedia vivida y no representada, hemos oído comentarios que nos han llenado de pavor. Los que los hacían, hacíanlos como meros espectadores, desde la galería y como creyéndose a cubierto del vendaval que azota la escena.

¡Y luego hay quien salta diciendo que hay que ser optimista! «¡Nada de jere-miadas!» Sí, sí, hace no muchos años oímos de ciertos labios unas expresiones llenas de juvenil optimismo contra las jere-miadas, pero, señor, las cosas son como son y de nada sirve querer velarlas o desfigurarlas. Y Jeremías fue un gran maestro de energía. Sus trenos son algo más robusto, más vitalizador, más dinámico de lo que se cree. No, no hay que abandonarse a la voluptuosidad de la queja, del lamento. El llanto sobre el difunto no le hace resucitar, sin duda, pero el treno jeremiaco es algo más que llanto.

¡Cosa terrible la filosofía y la política donjuanesca, de vivir al día!

Miguel de Unamuno
(12 marzo 1921)

29. *DE ACTUALIDAD*. «RECONSTITUCIÓN NACIONAL»

A los dos días de haber recibido la carta que desde el Castillo de la Mola, de Mahón, me dirigieron Antonio Amador y Salvador Seguí, apelando a mi «espíritu liberal», recibí de la Oficina de Obras públicas de esta provincia —dependiente del ministerio de Fomento— una citación para una Asamblea cuyo objeto era «solicitar de los Poderes públicos la pronta realización del plan de Reconstitución Nacional, desprovista (la asamblea) en absoluto de todo matiz político... etc.».

Suponemos lo que en Fomento se entiende hoy por «matiz político» puesto que sabemos lo que el dictador al dictado —un día de Juntas de Defensa, otro de Compañías o de Consorcios bancarios o de camarillas— entiende por patriotismo. «¡Personalismos!», exclama cuando alguien se opone a sus precipitaciones descabelladas y en tanto trata de ser el brazo del poder personal de la impersonalidad irresponsable.

«La pronta realización...» Si eso no es pedir que se implante ese plan por decreto, o acaso algo peor, que venga Dios y que lo vea.

Pues bien, digan lo que dijeren los funcionarios técnicos que han de entender en ese plan y los accionistas del patriotismo que más han de beneficiarse con él,

eso es política y no de matiz sólo; eso es la política anticonstitucional del discursete de Córdoba, de aquel en que se pedía ranas.

¡Reconstitución nacional! Sí, pero reconstitución quiere decir volver a establecer la Constitución. Y ésta se encuentra yacente y no vigente. Y mientras no se restablezca la Constitución, sus garantías, toda otra reconstitución no pasará de ser una diversión estratégica. Justicia y libertad hacen más falta que obras públicas.

Obras públicas, además, que hay que discutir las despacio, muy despacio, primero, porque nuestros técnicos —¡oh, los técnicos!— no son infalibles ni mucho menos, además porque el quicio está en el aspecto económico y de este se cuida poco la faramallería juliovernesca de Fomento y, por último, porque esas obras públicas suelen tener su lado político ¡no han de tenerlo!

España se está desvencijando como un haz de trigo mal sujeto y no la mantienen unida con el pobre vencejo que es el zuncho herrumbroso de esas obras públicas. La obra pública que ha de envencijarla es otra; es una obra espiritual de libertad, de democracia y de justicia.

¡Terrible cosa para un país monárquico cualquiera cuando mientras el cetro hace de batuta de la orquesta reconstitucionalista material, el sable hace de chaira! ¡Terrible cosa cuando los accionistas del patriotismo, jubilados de nacimiento, propagan el evangelio del materialismo histórico!

Por importante que sea hacer el Guadalquivir navegable hasta Córdoba —si no es esto un ensueño de una imaginación anémica y juliovernesca— hay cosas más importantes, mucho más importantes. Y en las que se debió pensar en el conciliábulo de Llodio.

Constitución primero, y luego... ¡se verá! Que vamos a las vergüenzas del Segundo Imperio francés, del de Napoleón el Pequeño, como le llamó Víctor Hugo el Grande. (Cuyos «Castigos» estamos volviendo a leer y... ¡qué mina!) Vergüenzas que estampó Zola con fuego en sus novelas.

¿Qué no puede uno lavarse con jabón industrial? El que esto escribe, siendo niño, en una huerta donde pasaba parte del año, en Deusto, solía lavarse, a modo de con jabón, con lo que llamábamos «barro de Agustina», o sea «bustina», en vascuence, y en castellano, arcilla, con el barro rojo de que fue hecho Adán el rojo. Puede un pueblo, como un hombre, limpiarse con el barro de que procede. Con lo que no se limpia es con la sangre, ni con la de Abel, ni con la de Caín. Y por cierto el Señor decretó que fuese siete veces castigado quien matase a Caín (Génesis, IV, 15). Quería cortar en su fuente el río rojo de las represalias.

Y, además ¿de qué valen las obras públicas esas todas donde no hay respeto ni a la libertad, ni a la civilidad, ni a la justicia? ¿Para qué llegar por el Guadalquivir hasta Córdoba si se ha de ver allí lo que se ha estado viendo entre los labriegos?

«La pronta realización...» Estas palabras «ciervitas», dejadas como caer allí, tienen apretada coyuntura con la campaña que contra el Parlamento constitucional hacen los accionistas del patriotismo de Fomento. «¡Personalismos!» —repetirá el dictador

al dictado—. Pero hoy no hay en España peor personalismo que el del intentado poder personal de la impersonalidad irresponsable, de la que es juguete de la Camarilla, de la Empresa Maese Pedro y Compañía.

Miguel de Unamuno
(17 julio 1921)

30. *DE ACTUALIDAD*. «BORRÓN Y CUENTA NUEVA»

¿Por qué no se ha vuelto a hablar del rescate de los cautivos de África? Ese rescate, como ya dijimos, no podía ser sino prenda de paz, de que se renunciaba a una absurda conquista imperial y a un más absurdo castigo. Porque no había ni hay por qué castigar a los que no son los culpables del providencial desastre de vísperas del día de Santiago Matamoros. Y le llamamos providencial a ese desastre por creer que nos salvó de otro, del que anunciaba aquel discurso de Córdoba. Cierva notario.

¿Por qué no se habla ya del rescate de los cautivos en África? Ese rescate nos llevará a la paz que se anuncia y será la garantía de que se va a enmendarla y no a defenderla. El ensueño de Tánger, el empeño del desquite imperial de lo de 1898 ha debido desvanecerse con la ilusión del ex futuro Vice Imperio Ibérico. Hay que confesar contritamente la culpa, hay que enmendarse y... hay que sufrir la pena.

Porque para liquidar la gravísima falta de la cruzada africana no basta hacer la paz y renunciar a conquistas imperiales y a toda forma de imperialismo —ni fuera ni dentro—, sino que es preciso además depurar todas las responsabilidades, absolutamente todas, y depurarlas públicamente. Y lleguen a donde llegaren. Nadie que haya tenido iniciativas eficaces —tal vez sin deber tenerlas— puede ni debe hurtarse a dar debida cuenta de sus actos. Sin que valgan ficciones.

¿Cuándo se lleva al Parlamento —aunque sea a este Parlamento que nació de la zarabanda roja de Llodio— el expediente formado por el general Picasso? No es que creamos que de ello salga nada definitivo. Conocemos el fatídico sistema de borrón y cuenta nueva. En un Parlamento se designó una comisión —creemos que extraparlamentaria— que depurara las responsabilidades de la bochornosa represión del verano de 1917, y ni se ha revisado el fallo injusto e ilegal que condenó a los del Comité de huelga ni se ha puesto en claro lo que se hizo en el cuartel con Marcelino Domingo ni se ha llevado a cabo otros procesos. Y con el borrón y cuenta nueva no es posible avanzar.

Se dice que va a rectificarse la conducta pasada, que vamos a entrar a un período análogo al de 1820 a 1823, pero semejantes períodos duran siempre poco. Los «tres mal llamados años» se les llamó luego a los del período liberal del reinado del Abyecto. Acabaron con el asesinato de Riego.

Borrón y cuenta nueva, no. ¡Borrón, no! La cuenta nueva no es nueva si va bajo el borrón, si el borrón es su enseña. Cierva, el de aquello de que «de aquí a cien años, todos calvos», decía una vez que con eso de exigir responsabilidades no se repara los daños y que acaso es peligroso. Pero es que Cierva no siente, y menos comprende, que hay algo eterno en la historia.

No basta, no, que se haga la paz en África, y con ella se rescate a los cautivos renunciando a infligir castigos a los que no delinquieron; es menester que para abrir aquí un cauce a las luchas nobles, para civilizar nuestra guerra civil, para que sea de veras civil nuestra guerra nacional interna, nuestra lucha política, se aclaren las responsabilidades, todas las responsabilidades, de este estado a que nos ha traído lo que los responsables han llamado la fatalidad. Y si es así, que responda la fatalidad misma. El fatalismo es la forma más dañina del despotismo.

Sería cosa terrible que los responsables, todos los que esperan estar calvos de aquí a cien años, pretendiesen ampararse en la irresponsabilidad legal —y ficticia— ajena y no responder a derechas para no ponerla a toda luz cuando acaso esa ficción legal se mostrase dispuesta a desnudarse de lo ficticio. Porque no creemos que están los tiempos para trucos y ardidés de política convencional y ficticia.

Desde hace tiempo, pero muy especialmente desde junio de 1917, vivimos bajo un régimen de despotismo bochornoso, de fuerzas clandestinas, de Maese Pedro y Compañía, y a la vez de negocios de toda clase. Y este régimen no puede, no debe sostenerse. Ni basta hablar de cambio de conducta. Lo primero es una obra de saneamiento. «El problema de Portugal es un problema de higiene» —nos decía Guerra Junqueiro en las postrimerías de los Braganzas—. Y en España huele a podredumbre de tuétanos.

Miguel de Unamuno
(11 abril 1922)

31. *DE ACTUALIDAD*. «LA PIEL PODRIDA»

Debemos volver a la metáfora —que la tomamos de Carlyle—, de que no se le desprende la piel vieja y gastada a la serpiente, hasta que no se le ha formado la nueva por debajo de ella, como no cae la costra de una herida mientras ésta no se haya cicatrizado. Y si cae es peor, porque se forma otra costra, no mejor que la primera. Como puede ocurrir que si se le arranca la piel vieja y gastada cuando aún no asoma siquiera la nueva, se queda la carne al desollado y hay que venderla. Pero...

Pero hay casos en que la vieja y gastada piel no espera para caerse a que la nueva se haya formado, ni siquiera a que esté en vías de formación, sino que se va desprendiendo a túrdigas, por jirones, por harapos, y esto suele ocurrir cuando está no ya gastada, sino podrida. Porque hay pieles, hay pellejos, que más que

gastados, más que engurrñidos por el desgaste y la falta de cambio y renovación, están podridos. Como hay en la vida social y civil de los pueblos regímenes podridos en los que fácilmente prende el cáncer del negociantismo, del agiotaje.

No el Reino solo, no, que esto sería lo de menos, sino la Nación, el Estado español se está disolviendo, se están deshaciendo, y como se deshace un leproso. Y así como ciertas dolencias generales, de todo el organismo, procedentes de una maleza de la sangre, se nos aparecen en las extremidades y se le caen al enfermo los pies y acaso las manos o los dedos de unos y otras, así en la extremidad de lo que podemos llamar el África española —a distinción de esta España africana—, aparece el tumor gangrenoso. Y la extremidad se desprende.

«¡Ah, lo internacional!», claman los que no sienten lo nacional, los que no sienten a la nación. Y eso de lo internacional no es más que un coco. Todos los cucos y todos los mentecatos que no sienten la nacionalidad, cocean la internacionalidad. Y nuestros compromisos —¿nuestros? ¿de quién? ¿de qué nosotros?— con las potencias extranjeras. Lo que viste mucho, pero desnuda a la patria.

Esa trágica aventura de Marruecos, que nos recuerda la del naufragio de Portugal cuando la rota de Alcazarquebir, cuando la tragedia del pobre rey don Sebastián —¡todo un símbolo!— es la lepra que está tirando a túrdigas de la podrida piel vieja. Marruecos será la tumba de este régimen; en Marruecos se enterrará el negociantismo.

«Es que Marruecos no es para España un negocio ni como a negocio se fue allá, sino por honor nacional, por compromisos internacionales, y ¿cómo y de qué manera nos retiramos ahora de allí? ¿Cómo queda España si tiene que retirarse de una empresa en que se le ha metido? ¿Cómo nos presentamos ante Europa y aún ante el mundo todo civilizado?»

Así se dice, pero al decir así es peor, es mucho peor que si se callara. Porque eso implica el declararse vencidos —y vencidos estamos—, y hasta el pedir misericordia. En el fondo se les está pidiendo que saquen a España, al reino de España, del atranco a aquellos que le obligaron a entrar en él para oponerse a maniobras germánicas. Y el reino de España no pudo por menos que comprometerse con las dos potencias occidentales de Europa, pero sin romper con Alemania, y acaso para ser dentro del compromiso una prenda de cierta seguridad para los intereses del imperialismo colonial —o coloniales no imperialistas—, germánico o tudesco. Y, ¡es claro! con la derrota de los Imperios germánicos vino la derrota de nuestra acción en África. Y como nadie siente aquí eso del protectorado sobre el Rif y aledaños, y como el ejército que allí se consume y se corrompe no tiene la menor noción, no ya de la justicia, mas ni de la conveniencia de la causa por la que el Reino quiere que peleen —ni puede llegar a adquirir esa noción—, he aquí por qué ese ejército no pelea aunque a las veces parezca que hace como que pelea.

Lo de Annual fue un desgarrón de esa piel podrida. Y sigue cayendo a pedazos y dejando al descubierto no otra piel nueva sino la carne viva. Hasta que un día

llegue el Annual interior, el derrumbe de la comandancia central del Reino. Para el que debemos prepararnos los españoles todos. Y no azuzando al prójimo a una especie de suerte de toreo. Que nada hay peor que el deportismo catastrófico.

En cuanto a la piel podrida ¡qué se le va a hacer!

Miguel de Unamuno

(16 abril 1922)

32. *DE ACTUALIDAD. «PIEL DE BOLSA»*

Antes de ahora hemos tenido que cumplir el triste deber —a nadie le gusta hurgar en lacerías públicas— de ocuparnos de eso del juego de azar, del juego prohibido, por la ley y tolerado y hasta reglamentado por las autoridades. Y aun empleado como arma política y de electorería. Y antes de ahora y en estas mismas columnas, hemos aludido a lo que llamábamos la R. Compañía Arrendataria de los Recreos del Reino.

Eso del juego de azar es una de las más hondas podredumbres de este azaroso régimen de negocios bajo que sufre España. Porque los negocios del régimen tienen no poco de juego de azarosos, y el juego es, a su vez, un negocio.

Ahí están esos sedicentes republicanos que nos acusan de transigir con el régimen, de ponernos a su servicio y están ellos sirviéndolo en las timbas y garitos. La tolerancia oficial respecto al juego prohibido ha sido el arma maquiavélica que ha deshecho lo más del republicanismo vocinglero. Hay que ir a Valencia para saberlo.

¿Y lo de Zaragoza? Ahora empieza a escarbarse en el lodazal del juego de Zaragoza. El Sr. Millán de Priego ha empezado a tirar de esa túrdiga de la piel podrida del Reino de España. Antes debía haberlo hecho.

Muchas veces hemos oído que los gobernantes, que los ministros de la Gobernación declaraban que no era posible prohibir el juego de azar, atajarlo radicalmente, que no había más remedio que transigir y reglamentarlo. «¿Por qué» —nos preguntábamos—. «¿Qué fuerza le sostiene?», «¿qué poder le ayuda?». Y pensando en ello llegábamos a la conclusión de que se apoya en un estado patológico que es el que sostiene todo ese régimen, régimen de negocios y de materialismo.

Hasta habíamos oído que parte del producto de la tolerancia oficial del juego iba de provincias a Madrid. ¿Para qué atenciones? Desde luego el dinero de las timbas es el que más ha contribuido para ciertas suscripciones que se decían patrióticas, y ¡es claro!, ese patriotismo azaroso estallaba en Marruecos y la timba era y es allí la institución más floreciente.

Sabemos de una provincia donde el gobernador civil medió, aunque oficiosa y privadamente, como amigable componedor para que un Casino cediera la explotación de la timba a un cacique político, a un diputado a Cortes que se dedicaba a tan lucrativo y deportivo menester. Lo cual tiene muchas mayores atingencias con el régimen de lo que podía creerse. Un diputado así es un soporte del orden del Reino.

¡Negocios y juego, juego y negocios! Todo es lo mismo. Y aquí aquello de «cuando el guardián juega a los naipes, ¿qué harán los frailes?»

Se dijo que en una ocasión en que se hablaba de cerrar el juego de un gran Casino de una vice-corte hubo la amenaza de cerrarse, en represalia, los dos más opulentos hoteles de la corte, que son un gran negocio. Los accionistas debieron recapacitar y poner toda su influencia para atajar el daño.

Lo más desolador es que sean los reptiles de las timbas, los que viven de encubrir el juego de azar o los chantajistas de su denuncia los primeros en constituirse en jurado de las supuestas claudicaciones ajenas. ¿Iba uno a dejar que le erigiera en pendón semejante gentecilla?

¡Podredumbre! ¡Podredumbre! ¡Podredumbre! La piel vieja, el tradicional régimen del Reino, está podrido; pero lo que aparece debajo, lo que parece que le subsistiría de pronto, también lo está. Y he aquí por qué hoy un hombre honrado no puede adoptar en España ninguno de esos dos contrapuestos motes en que los cucos y los mentecatos cifran nuestra contienda. Y por eso los cucos y los mentecatos tienen que salir defraudados cuando van a que un ciudadano eminente haga una declaración de etiqueta.

Alguna vez se ha hablado de republicanos de S. M. Digamos mejor republicanos de azar o de negocios. De negocios de azar o del azar de los negocios. Y como el Gobierno ha sido el arma que más se ha manejado desde el poder público durante este vergonzoso derrumbe del régimen de despotismo y de clandestinidad bajo que sufre España, nadie cree ya más que en el soborno.

Esto se va, señor, a túrdigas purulentas. Como si fuera poco lo de las responsabilidades, todas las responsabilidades, del desastre de vísperas de Santiago Matamoros —desastre en que el azar tuvo tanta parte como la fatalidad, si es que ésta y aquél no son lo mismo— ahora se plantea, a través de lo de Zaragoza, otra responsabilidad. El Sr. Millán de Priego parece que ha acusado a un ex ministro de haber dado el estatuto de una reglamentación del juego de azar.

Se dirá que fines de beneficencia... que ese dinero no pasa por mano de las autoridades... que lo administran personas honorables, damas piadosísimas... Con azúcar está peor. O con yodo como sin él, la podre es podre.

Y lo del juego de azar no es, lo repetimos, sino una manifestación de la diátesis general de este corrompido régimen de negocios. La piel del Reino es piel de bolsa.

Miguel de Unamuno
(22 abril 1922)

33. *DE ACTUALIDAD*. «DES-CIVILIZACIÓN»

El Sr. D. Ramiro de Maeztu trataba el otro día de tirarme de la lengua desde «El Sol». Son varios los que se dedican a tirarme, con uno u otro pretexto, de la lengua y hasta de continuo y más a menos rítmicamente, como si se tratase de un ahogado a quien hay que volver a la vida.

Nuestro amigo el Sr. Maeztu se refería a lo que llevo escrito sobre eso del protectorado sobre el Rif y la necesidad de hacer allí la paz, es decir, de abandonar la empresa de Marruecos y cree ver que «esta vez» no se vislumbraba detrás de mis palabras «uno de esos móviles estrictamente personales que a veces restan autoridad a los juicios» (a los míos). No sé a qué móviles se refiere el amigo Sr. Maeztu; pero para que no haya asidero a ese supuesto de que me guían móviles estrictamente personales, di hace poco cierto paso con el propósito de, una vez solventado un pleito estrictamente individual —no personal—, continuar la misma, estrictamente la misma campaña que venía haciendo.

Decía yo, y el Sr. Maeztu reproducía mis palabras que el ejército que se consume y se corrompe en Marruecos no tiene la menor noción, no ya de la justicia, mas ni de la conveniencia de la causa por la que el reino quiere que pelee y añadía: «Ni puede llegar a adquirir esa noción». El Sr. Maeztu se desentiende de este inciso y supone, mal supuesto, que yo siento la misión civilizadora de España en el Rif. Y no es así. El ejército que allí se consume no puede llegar a adquirir la noción de la necesidad de nuestra obra protectora en Marruecos y no puede llegar a adquirirla porque no hay tal necesidad.

«Ni puede llegar a adquirir esa noción» no quiere decir que el ejército sea incapaz de comprenderla, sino que la tal noción es en sí incomprensible, que no hay tal justicia ni tal conveniencia. Además, y esto para el señor Maeztu que blasona de demócrata pero no de liberal, es decisivo que el pueblo español no quiere ese protectorado. No, no le quiere. No quiere que se consuman en África energías que hacen falta aquí para otras cosas, no quiere que para ir a castigar a moros inocentes se deje de castigar aquí a los responsables de nuestra des-civilización interna.

No, Sr. Maeztu, no; España donde tiene una misión civilizadora es en España misma. Hay que recivilizar a España que se está des-civilizando. Y el elemento más activo de la des-civilización de España, de que se esté deshaciendo la civilidad española, es la campaña de Marruecos. Porque la campaña de Marruecos, última escurraja del empeño ex futuro Vice Imperio Ibérico, esa campaña, que es lo que queda del afán de desquite de lo de 1898 y de los ensueños imperialistas, esa campaña es una diversión estratégica para apartar nuestra atención del problema nacional. Que es el de este régimen de podredumbre y de negocios, de cacique-rías y de clandestinidades, que nos está consumiendo. El reino está podrido.

Sentimos la civilización, amigo señor Maeztu, sí; la sentimos y por sentirla no queremos que con espantajos internacionales se trate de ahogar las ansias nacionales. No queremos que a pretexto de castigar a unos moros que nada digno de castigo han hecho, se trate de dejar sin castigo a los españoles que lo merecen; no

queremos que se esfumen o se desvanezcan las responsabilidades que aquí deben pesar sobre los causantes de ese desastre, con achaque de que el poner en claro, bien en claro, estas responsabilidades —y recaigan sobre quien recayeran, y por alto que esté— nos imposibilitaría esa que el Sr. Maeztu y otros creen nuestra acción civilizadora en Marruecos.

¡Acción civilizadora! ¿Pero es que hay quien crea que vamos a civilizar a los moros del Rif? ¿Como no tengan que venir a civilizarnos ellos! Que al paso que van las cosas... Hay Sr. Maeztu, una civilización islámica y dentro de ella una civilización marroquí superior, sin duda, en algún respecto a ésta que se corrompe y degrada en este Reino en descomposición purulenta. Hasta hoy no les hemos enseñado a los moros más que nuestras miserias. Y lo mejor será recogernos en casa a curarnos de ellas.

Ni esa aventura de Marruecos es ninguna quimera quijotesca.

¿Que tenemos allí que cumplir un mandato internacional? Habría mucho que hablar sobre esto. Y en todo caso no vemos la justicia de esos pactos internacionales en que los fuertes se reparten a los débiles y a nombre de protectorado establecen una colonización.

Podrá el Sr. Maeztu achacármelo a los móviles que se le antoje; pero lo digo, con la mano sobre el corazón, que el libertarnos de la pesadilla marroquí, del engaño de que tengamos misión alguna civilizadora que cumplir en el Rif, será el principio de libertarnos del cáncer que aquí nos devora. España se des-civiliza y en gran parte por la campaña marroquí. Y hay que apresurar el que Marruecos sea la tumba de este régimen de la fatalidad.

Miguel de Unamuno
(27 abril 1922)

34. LOS MOTES ANATEMÁTICOS

Más de una vez hemos tenido ocasión de señalar el valor mágico, agorero, supersticioso que se quiere dar a ciertas denominaciones. Hay motes con los que se pretende ejercer una especie de *tabú* polinesiano. Marcarle uno con uno de esos motes es para los turulatos una especie de hierra. Y esta triste condición de ánimo llega a las veces a lo cómico.

Una vez que un paisano mío, mal conocedor del castellano, discutía con otro, al oír que éste exclamaba «¡Protesto!», replicó: «¡Más potroso será usted!» Y menos mal que lo de «protesto» no le sonó a protestantismo o a letra protestada, que a fijarse en estas acepciones eclesiástica y bancaria no sabemos cómo habría reaccionado. Tal cierta autoridad —el caso es reciente— que al acercársele una Junta directiva y empezar su presidente con «ante todo, protestamos de nuestro respeto a las leyes...», le interrumpió: «¡Nada de protestas! Si sigue usted por ese camino

no puedo oírle». Y es que hay gentes que creen que no se puede protestar, o sea preatestiguar, sino contra algo.

Aquel D. Javier Ugarte de triste recordación, dijo de un escritor, sujeto inofensivo y hasta regocijante a ratos, que era un «kantiano peligroso». Y menos mal que no le llamó sospechoso. En cambio, en una cátedra de Psicología, Lógica y Ética, en que el catedrático pedía a los alumnos la confesión religiosa, se declaró una vez uno «panteísta moderado». Comicidad a que invitaba el calificador académico.

Creeríase que el mote más agorero, más anatématico, más de *tabú* polinesiano que pueda haber hoy entre nosotros es el de separatista; pero hay otro que pronuncian muchos con más horror, más temor o más aversión, y es el de pesimista.

Si se puede protestar contra una cosa es favor de ella, el pesimismo puede ir a buena parte. El que es pesimista respecto a una causa puede ser optimista respecto a su contraria.

Figurémonos un enfermo a quien asisten dos médicos; uno de éstos sostiene la dieta láctea, y el otro que se le dé de comer de todo y en abundancia. Si el segundo le dice al primero, que es el de cabecera: «Con el régimen a que le tiene usted sometido, el enfermo se muere, y pronto», y si entonces el médico de cabecera replica: «¡No sea usted pesimista!», ¿qué diremos de él? Que no tiene mucha sal en la mollera, pues que cree que es pesimista el que juzga pésimos su sistema curativo y su asistencia. Es, sí, pesimista respecto a él, al médico que así le moteja y a su terapéutica; pero, ¿es que hay un pesimismo genérico?

Para poder decir como el Cristo: «¿Por qué teméis, hombres de poca fe?», como dijo a sus discípulos cuando le llamaban a socorro en la tormenta del lago de Genazaret (Mat. VIII, 26), es menester ser un Cristo a quien los vientos y la mar obedezcan.

¿Quién de nosotros, los que no creemos en la alegre, confiada y ligera presunción de animosidad, no se ha oído alguna vez tratar de pesimista? Y bien sabe Dios que solemos ser los de ánimos más optimistas.

Lo más desconsolador es querer resolver graves problemas con motes anatématicos y con tópicos resobados, con frases hechas y de cajón, con formulillas de ordenanza. La papeleta sirve para el ministril, no para el que tiene que soltar el nudo. La papeleta es para el listo; pero para resolver problemas, o siquiera para plantearlos —y plantear bien un problema es ya resolverlo—; lo que hace falta no es listeza, sino talento. Y los listos suelen tener muy poco talento. Mejor un tonto sencillo e ingenuo, porque un listo llega a creerse talentado, y un tonto no. De donde se sigue que es más fácil engañar a un listo que no a un tonto. A un listo se le engaña casi siempre. A un listo se le hace creer, por ejemplo, que es pesimista el que no cree en la eficacia ni en la bondad de sus remedios.

El que esto os dice, lectores, abriga un ánimo confianzudo y esperanzoso. Su confianza y su esperanza estriban en que los hombres que van en busca de un resultado sacan el contrario; su confianza y su esperanza estriban en que a la postre

endereza lo torcido el que supo esperar sin dormirse, el que supo aguardar vigilante. Hay quien se cruza de brazos para mejor trabajar con la mirada.

Esperemos, pues, con esperanza y confianza cautelosas y sin abandonarnos al optimismo de ordenanza. Y sobre todo, desdeñemos el sistema de papeletas de motes anatemáticos, de lugares comunes, de fórmulas catequísticas, de todo ese revoltijo de frases hechas con que los listos pretenden enredarnos a los que no nos fiamos de ellos ni creemos que su listeza puede hacer de talento.

Miguel de Unamuno
(6 febrero 1924)